[...]ECA ENCICLOPEDICA POPULAR

- 114 -

EL MISTERIO DE LA ATLANTIDA

Por
LUIS LEON DE LA BARRA



SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
MEXICO

Biblioteca Enciclopédica Popular

-114-

El Misterio de la Atlántida

por

LUIS LEON DE LA BARRA



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
MEXICO, D. F.

LA BIBLIOTECA ENCICLOPEDICA POPULAR publica todas las semanas un pequeño volumen como el presente con textos de carácter histórico, filosófico, artístico, científico, literario, educativo y documental.

Alternan, así, junto con manuales de técnicas aplicadas, breves compendios de higiene y de agricultura, de industria y pedagogía, páginas escogidas de los grandes autores clásicos y modernos, resúmenes de la historia de México y de las demás naciones del mundo, síntesis del pensamiento político nacional e imparciales antologías destinadas a divulgar entre nuestro pueblo los valores más altos y auténticos del espíritu universal.

Si se interesa por obtener esta Biblioteca, sírvase dirigirse a la Secretaría de Educación Pública (Departamento de Publicidad), Argentina y Luis González Obregón, México, D. F., enviando —en giro postal— la cantidad de $5.00 que le dará derecho a recibir 20 publicaciones distintas a partir del número que indique. Si el envío fuere de $12.00, se registrará su nombre como subscriptor para la serie anual de 52 cuadernos.

LA PROXIMA SEMANA,
EN ESTA COLECCION:

CUENTISTAS ITALIANOS

PROLOGO, SELECCION Y NOTAS

de

PEDRO SOLER ALONSO

INTRODUCCION

Determinadas cuestiones tienen el don de despertar el interés, no ya de un grupo de personas ni de una época dádas, sino aún la de generaciones sucesivas de estudiosos; entre ellas, la que quizás ha provocado siempre mayor número de discusiones y conserva a través del tiempo su misma importancia y atractivos, es la que concierne a la existencia y ubicación que puede atribuirse al continente desaparecido conocido por la "Atlántida".

El primero que, históricamente, se sepa que lo haya mencionado, fué el insigne filósofo griego Platón, que puede considerarse como el verdadero padre de la Atlántida y al origen de todo cuanto se ha discutido al respecto; en dos de sus "Diálogos". relata cómo vino a saber la historia antiquísima de acontecimientos acaecidos nueve mil años antes de sus tiempos, según tradiciones transmitidas a su tío abuelo Solón, el más sabio de los sabios de la Grecia, por sacerdotes egipcios de quienes se había granjeado la confianza.

Platón vivió hasta los ochenta años de edad, naciendo el 7 de Targelión, 26-27 o 29-30 de mayo, de la Olimpíada 88.1, o sea el año 427 antes de Cristo; viniendo a fallecer en la Olimpíada 108.1, año 347 antes de la era cristiana: por consiguiente, los primitivos escritos sobre el tema que nos ocupa, se remontan a unos dos mil quinientos años, y admitiendo la cifra antes apuntada de la tradición platónica, la desaparición misma del continente atlántico dataría de unos once o doce mil años.

Parece, pues, increíble que escritos tan remotos, y que

trataban de hechos mucho más antiguos aún, hayan podido conservar su actualidad a los ojos de los hombres que han venido desde entonces sucediéndose en el mundo: y es que el asunto presenta un atractivo especial basado en el origen misterioso que se le atribuye, en el hecho de que en la mente de muchos ha venido a constituir la sociedad de los atlantes un modelo ideal de organización, una de esas "utopías" que estuvieron de moda en cierta época, y en la posibilidad de que fuera la Atlántida el lazo de unión entre las civilizaciones del Viejo Mundo y las de América, la cuna o la ruta por la que se difundieron los conocimientos y las creencias que se encuentran, en todos los humanos, explicando así lo que en opinión de muchos resultaría de otra manera incomprensible coincidencia.

Colocándose en el punto de vista del hemisferio americano, es evidente que la importancia de la Atlántida es aun más directa, pues de su realidad o de su existencia se derivarán toda una serie de conclusiones lógicas relativas a su primitiva población, a las conexiones de su fauna y de su flora con las de allende el mar, y multitud de otras consideraciones verdaderamente básicas.

El estudio completo de lo que se sabe y de lo que se supone de la Atlántida, traería consigo entrar en las consideraciones más diversas: habría que tener en cuenta la historia y la geografía; la arqueología; la lingüística, abrazando casi todos los idiomas de la antigüedad; la geología; la paleontología; la zoología; la mineralogía; la botánica; la etnografía; la antropología; la astronomía; la física; la química; la oceanografía; y aun el estudio de la filosofía, y el de las ciencias ocultas: naturalmente que la tarea estaría muy por encima de nuestras fuerzas, y, además, se requeriría una serie de volúmenes para poder desarrollar temas tan diversos. Vamos por consiguiente a limitarnos a la exposición del problema en sus líneas generales, con el resumen de algunas de las principales soluciones que se ha pretendido encontrarle, y en fin, a decir cómo, en el estado presente de la ciencia, se puede considerar que ha quedado colocado tan trascendental como ameno tema.

Los Dialogos de Platon

Como base de cuanto se ha escrito sobre la existencia del continente desaparecido y de los seres que lo habitaron, está, como decíamos, el relato de Platón, primero en haber empleado el nombre de Atlántida para designarlo. Resulta por consiguiente esencial, si quiere uno formarse una idea del problema que plantea, leer lo que el filósofo escribió sobre la materia en sus inmortales diálogos.

Dos de éstos tratan de nuestro problema: por una parte, el "Timeo", y posteriormente, desarrollando el tema, el "Critias", ambos escritos ya durante su vejez, y cuya atribución a Platón ha sido universalmente aceptada, salvo rara excepción.

Anotaremos que Solón, uno de los sabios de Grecia, era amigo y pariente de Dropides, padre de Critias el Anciano, que a su vez fué abuelo de Critias el Tirano, y de Perictiona, esposa de Aristo y madre del propio Platón. Así se explica cómo llegaron a este último las tradiciones de Solón, que ya muy anciano, a los noventa años de edad, había repetido éste a Critias que contaba tan sólo diez.

En substancia, se nos dice que un sacerdote egipcio de Sais narró a Solón cómo hacía nueve mil años que estalló la guerra entre los habitantes del más allá contra los de más acá de las columnas de Hércules; sobre los primeros gobernaban los reyes de la Atlántida, isla mayor que Libia y Asia juntas, pero después hundida en el mar, a consecuen-

cia de convulsiones terrestres; no se podía ya llegar adonde estuvo debido a masas de lodo que impedían la navegación.

Describe en seguida el aspecto de la isla y el origen mitológico de sus habitantes, pues la había recibido Poseidón, dios del mar, cuando la tierra fué dividida entre los dioses, quien la pobló con los descendientes de su unión con una mortal. El primogénito, que fué el principal soberano de la isla, con supremacía sobre sus hermanos, todos reyes de diversas partes del territorio, recibió el nombre de Atlas, con que se designaron igualmente a la isla y al mar.

El sacerdote egipcio da cuenta entonces de la historia del pueblo atlante, de la grandiosidad de su capital y de sus edificios, de la producción de su tierra: los frutos, los metales, entre ellos el precioso "oricalco" que ya no se conoce sino de nombre, los manantiales de agua fría y caliente que aprovechaban hábilmente, de sus conquistas, y en fin, de su decadencia y desaparición en medio del océano debido a terroríficos cataclismos.

Hay quienes opinen que todo el relato de Platón no es sino el producto de su propia invención, y que al idear este país lo hizo para presentar cómo debería de ser una sociedad humana bien organizada según los principios que había profesado toda su vida. Otros dicen que seguramente aprovechó una tradición real, sobre la existencia y desaparición de una tierra incógnita, para servirse de ella como marco objetivo para su imaginaria organización modelo; muchos más sí creen que en sus líneas generales expuso la verdadera tradición transmitida durante centurias entre los sacerdotes del Egipto, y han tomado su relato como base para localizar el sitio de la isla-continente de que trata, difiriendo, como veremos, grandemente entre si a este respecto, pues hay quien la coloque en el norte europeo, o en Africa, en el Mediterráneo, o en multitud de otros puntos del globo terrestre, entre ellos en el mismo centro del Atlántico. Daremos algunos ejemplos de estas diversas interpretaciones sobre la verosimilitud de los diálogos platónicos, al presentar las conclusiones que creemos puedan deducirse de nuestro estudio.

Los nombres propios del relato de Platón son todos netamente griegos; pero él mismo explica que venían a ser ya

el resultado de una doble traducción: los sacerdotes egipcios habían expresado en su idioma el significado de los nombres de la Atlántida, y Solón, al recoger su dicho, los transfirió a su vez al griego.

Quienes tratan de reducir el relato de Platón a la simple exposición de una sociedad utópica, suelen alegar la falta de otros textos de autores de la antigüedad que vinieran a confirmar la tradición que refiere: sin embargo, sí tratan el punto Diódoro de Sicilia y Eleano; además, pueden considerarse como otras confirmaciones, diversos relatos, aunque no sea bajo el nombre de Atlántida que se designe al continente sumergido: Plutarco lo menciona quizás como "Saturnia", y otros autores lo llaman "Ogigia", nombre de la isla de Calipso en la Odisea de Homero, tema inmortal que acaba de volver a presentarnos el literato Alfonso Alamán en su traducción de la obra del homerista francés Víctor Berard, **La Resurrección de Homero**, prologada por el maestro Alfonso Reyes.

Se ha contestado también a tales impugnadores que el recuerdo de un diluvio que ahogara bajo sus aguas a casi toda la humanidad antaño existente, constituye una tradición verdaderamente universal, que se puede seguir por igual en el Antiguo Testamento de los hebreos, como en los libros sagrados de casi todos los pueblos. Aquí mismo, en México, sábese que en la mitología de los aztecas hubo varias creaciones sucesivas —semejantes a las de los quichés— en que después que todos los seres vivientes fueron destruídos en espantosas catástrofes, volvían a renacer otro sol y otra humanidad, siendo el último de aquellos el sol de lluvia: caía el agua con fuerza tan tremenda, que toda la humanidad pereció ahogada o se salvó transformándose en peces, ya que el cielo, que era líquido, según nos dice el profesor Alfonso Caso —véase su obra sobre **La religión de los aztecas**, cayó sobre la tierra, haciendo necesaria la intervención de Tezcatlipoca y del mismo Quetzalcoatl. Habremos de mencionar nuevamente estas primitivas creencias al tratar del "satélite caído".

Con las anteriores explicaciones, se comprenderá plena-

mente el básico importe de los diálogos de Platón para el problema de la Atlántida; vamos por lo tanto a dar ahora las partes de ellos que al caso se refieren, traduciéndolas lo más fielmente que nos sea posible del texto publicado por Alejandro Bessmertny, completado por el Doctor Gidon, según la edición y las notas de Alberto Rivaud en 1925; igualmente nos ha servido la obra de Frederic-Charles Baer, que reproduce frente a frente el texto griego de Platón con su propia traducción al francés.

El Timeo

(Fragmento)

...Sócrates —¡Sea! Desde ayer, lo que os he dicho sobre el Estado venía a ser, esencialmente, esto que sigue: a saber, cuál es, según opino, el mejor gobierno y por qué clase de hombres debe de ser ejercido.

Así, por ejemplo, ¿no habíamos primero separado, en el Estado, la clase de los campesinos y de cualquier otra categoría de artesanos, de aquella clase de quienes deben combatir por ellos?

Y, según su naturaleza, ¿no habíamos atribuído a cada clase un solo trabajo apropiado, un sólo oficio? ¿No habíamos dicho que aquellos que deben guerrear por todos, deben ser únicamente los guardianes del Estado, contra cualquiera, bien sea del exterior, o aun de adentro, que trate de cometer algún delito? ¿Y que esos guardianes deben hacer justicia con suavidad a todos los que les están sometidos, pero deben volverse implacables en los combates hacia los enemigos que se les enfrenten?

Y se necesita, en efecto, creo que decíamos, que el alma de esos guardianes sea de una naturaleza a la vez llena de ardor y de moderación, a fin de que puedan, según sea el caso, mostrarse convenientemente suaves o terribles.

¿Y para la educación? ¿No hemos dicho que debían estar imbuídos de gimnasia, de música y de los demás conocimientos que sean apropiados para ellos?

Y, dijo, además, quienes hayan sido así educados de-

berán no considerar como bienes propios ni el oro, ni la plata, ni riqueza alguna de otra naturaleza. Mas, como defensores, recibirán de aquellos a quienes protegen el salario de su guardia, que será moderado, como conviene a personas de sabiduría. Lo gastarán en comunidad y vivirán juntos, preocupándose en todo por la virtud y desdeñando cualquier otro cuidado.

Y en cuanto a las mujeres, hemos recordado que debe ponerse su naturaleza en harmonía con la de los hombres hasta volverla casi semejante a la suya, dándoles a todas iguales ocupaciones que a los hombres en vista de la guerra, o de cualquier otra cosa.

¿Y para la procreación de los niños? ¿No resulta fácil recordar lo que dijimos, por lo insólito de ello? Lo relativo a todos los casamientos y a todos los niños, lo hemos establecido común para todos. ¿No hemos tomado medidas para que nadie pudiera conocer por suyo al niño que le naciere, para que todos se consideren como de la misma estirpe, viendo hermanos y hermanas en todos los que pudieran serlo por su edad, padres y abuelos en todos los nacidos antes, hijos y nietos en aquellos venidos más tarde al mundo?

Y, para que en cuanto sea posible, los niños nazcan con la mejor naturaleza deseable; ¿no recordamos haber decidido que las autoridades, hombres y mujeres, deben arreglar secretamente la combinación de los matrimonios, con la ayuda de ciertos sorteos, de tal manera que, cada cual por su lado, buenos y malos se encuentren unidos a mujeres que les sean semejantes, sin que a pesar de esto, nadie pueda concebir odio hacia dichas autoridades, pues siempre se atribuirá a la suerte el motivo de su unión?

¿No hemos también dicho que deberán criarse solamente los hijos de los buenos, y los de los malos, transportarlos al contrario en secreto a algún otro país? ¿Para en seguida, conforme vayan creciendo, mantenerlos en observación, y llamando nuevamente los que sean dignos, ir poniendo en su lugar, por el contrario, aquellos que no merezcan quedar entre vosotros?

Pues bien, sepan hoy, a propósito de ese Estado que hemos descrito, cuál es el sentir que tenemos sobre él. Es

una impresión semejante a la que debería resentirse, cuando, habiendo visto en alguna parte hermosos seres vivientes, bien sea figurados en pintura, o aun realmente en vida, pero manteniéndose en reposo, se experimentaría el deseo de mirarlos ponerse por sí mismos en movimiento, ejecutando algunos de los ejercicios aparentemente convenientes para su cuerpo. Esto es lo que resentimos, asimismo, en cuanto al Estado cuyo plan hemos recorrido: nos gustaría poder oír que aquellas luchas que sostiene un Estado, debe enfrentarlas también en contra de otros Estados, que marcha, cuando se ofrece, a la batalla, que durante la guerra, se muestra digno de la instrucción y de la educación recibidas por los ciudadanos, tanto en las operaciones, como en las negociaciones con los demás Estados. Pero en eso, o Critias y tú, Hermócrates, nos conocemos lo suficiente para saber que somos incapaces de elogiar debidamente a aquellos hombres y a su ciudad. Para nosotros, eso no tiene nada de particular... Y, ahora que hemos llenado nuestro cometido, os hemos a su vez, asignado el que acabamos de indicar. Habíase convenido devolvernos la hospitalidad de los discursos. Estamos listos para aceptarla, recibiendo, animados, todo lo que nos ofrezcáis.

Hermócrates —Y ciertamente, ¡oh! Sócrates, como lo ha dicho Timeo aquí presente, no será la buena voluntad que nos falte y no tenemos pretexto alguno para disculparnos de esa tarea. A tal grado, que desde ayer, caminando de aquí a casa de Critias adonde nos alberga y a lo largo del camino, hemos examinado todo esto. Es entonces que Critias nos hizo un relato según antiguas tradiciones. Este relato, ¡oh! Critias, repetidlo ahora a Sócrates, a fin de que juzgue si es o no utilizable para lo que nos ha prescrito.

Critias— Oíd, pues, Sócrates, una historia muy extraña, pero absolutamente verdadera, según lo dicho en una ocasión por Solón el más sabio de los siete sabios. Era, a la vez, pariente de Drópides, mi bisabuelo, y muy amigo suyo, como lo dijo él mismo, en repetidas ocasiones, en sus poesías. Le contó, pues, a Critias, mi bisabuelo, cómo éste, en su vejez, gustaba recordarlo delante de mí, que grandes y maravillosas hazañas efectuadas por esta ciudad, habían caido en el

olvido por causa del tiempo transcurrido, y del fallecimiento de los hombres. Y una de esas hazañas era la mayor de todas. Quizás conviniera la recordemos, tanto para daros gracias como para celebrar verdadera y dignamente a la diosa, en estos días de fiesta, como si cantáramos un himno en su loa.

Sócrates— Está bien hablado. Pero, ¿cuál es esa hazaña que Critias contó, no como simple ficción, sino como un gran acontecimiento realmente efectuado antiguamente por esta ciudad, según lo había oído narrar a Solón?

Critias— Voy a decírosla, esa vieja historia que oí de labios de un viejo. Porque Critias tenía entonces, por lo que decía, cerca de noventa años, y yo, a lo sumo, diez. Era el día de Cureotis, durante las Apaturias. La ceremonia se desarrolló esa vez como de costumbre para nosotros los niños. Efectivamente, nuestros padres nos propusieron concursos de recitación. Se dijeron muchos poemas de numerosos poetas, y como entonces, las poesías de Solón se hallaban aún en toda su novedad, muchos de entre los niños las cantamos. Entonces, uno de mis hermanos, bien sea porque así lo creyese, o por hacerse agradable a Critias, declaró que Solón no solamente le parecía haber sido el más sabio de los hombres para todo lo demás, sino igualmente, por su talento poético, el más noble de todos los bardos. El anciano, lo recuerdo bien, se puso encantado, y dijo sonriendo: " Efectivamente, Amyandro, si Solón no hubiera hecho versos sencillamente como pasatiempo, si se hubiera dedicado como otros, y si hubiera terminado la narración que trajo de Egipto, si no le hubieran obligado los levantamientos y demás calamidades que encontró aquí a su regreso, a abandonar por completo la poesía, en mi opinión, ni Hesíodo, ni Homero, ni ningún otro poeta hubiera adquirido mayor celebridad que él". —"¿Y cuál era esa narración, ¡oh! Critias?", dijo Amyandro. —"Trataba, dijo Critias, de la hazaña mayor y que merecería ser considerada como la más ilustre de cuantas hiciera esta ciudad. Pero, efecto del tiempo y de la muerte de los participantes, el relato no ha llegado hasta nosotros". —"Decidlo desde el comienzo, dijo Amyandro: ¿cómo era,

cómo se efectuó, y por quién lo supo Solón para contarlo como verdadero?"

"Hay en Egipto, dijo Solón, en el Delta, hacia cuya punta se divide el Nilo, cierto "neume", llamado Saítico, y de este "neume" la ciudad más grande es Sáis De allí era originario Amasis, el rey. Para los de esta ciudad, fué una diosa que la fundó: su nombre egipcio es Neith, pero dicen que en griego es Atena. Y esas gentes son muy amigos de los atenienses y se dicen en cierto modo sus parientes. Solón contó que llegado a ese lugar adquirió gran reputación, y que, interrogando cierto día a los sacerdotes más instruídos en esas cuestiones sobre las antigüedades, descubrió que ni él mismo, ni ningún otro griego, había sabido por decirlo así nada de ellas. Y una vez, queriendo inducirlos a tratar de viajes hechos, comenzó por contarles lo que aquí tenemos de mayor antigüedad. Les habló de Phoroneus, llamado el primer hombre, de Niobe, del diluvio de Deucalión y de Pyrrha y de los mitos que se cuentan sobre su nacimiento, así como las genealogías de sus descendientes; y ensayó, teniendo en cuenta los años en que esos acontecimientos se desarrollaban, de calcular su fecha.

Mas uno de los sacerdotes, que era muy anciano, dijo: "Solón, Solón, ustedes los griegos, son siempre como niños: ¡un griego no es nunca viejo!" A esto preguntó Solón: "¿Cómo lo entendéis?" Y el sacerdote: —"Todos sois jóvenes por el alma. Porque en ella no tenéis ninguna opinión antigua proveniente de una anciana tradición, ni ninguna ciencia encanecida por el tiempo.

Y he aquí la razón. Los hombres han sido destruídos y lo serán aún de muchas maneras. Por el fuego y por el agua se verificaron las destrucciones más graves. Pero hubo otras menores, y de mil maneras distintas. Porque, como asimismo se cuenta entre vosotros, que una vez Faetón, hijo de Helios, habiendo enganchado el carro de su padre, pero incapaz de dirigirlo por la vía paterna, incendió cuanto había sobre la tierra pereciendo él mismo, tocado por un rayo, se dice en forma de leyenda. La verdad, hela aquí: una desviación se produce algunas veces en los cuerpos que circulan en el cielo. alrededor de la Tierra. Y, a intervalos muy separados, cuan-

to hay en ella perece por el exceso de fuego. Todos los que habitan sobre montañas, en lugares elevados y secos, perecen, más que aquellos que permanecen cerca de los ríos y del mar. Pero para nosotros, el Nilo, nuestro salvador en diversas circunstancias, igualmente nos preserva de esa calamidad, desbordándose. En cambio, en otras ocasiones, cuando los dioses purifican la tierra por el agua y la sumergen, únicamente los pastores, en las montañas, se salvan, mientras que los habitantes de vuestras ciudades se ven arrastrados por los ríos hacia el mar. A la inversa, en este país, ni entonces, ni en otras circunstancias, llegan a bajar las aguas de las alturas hacia los llanos, siendo siempre debajo de la superficie de la tierra que brotan naturalmente. A ello se debe, según dicen, que aquí se conserven las más antiguas tradiciones. Siendo la verdad que en todos los lugares adonde no hay para ahuyentarlo ni un frío excesivo, ni un calor ardiente, existe siempre, más o menos numerosa, la raza humana. Por lo tanto, bien sea en vuestro país, en el nuestro, o en cualquier otro lugar de que tengamos conocimiento, cuando se ha ejecutado algo grande o notable bajo algún aspecto, todo eso consta aquí por escrito desde la antigüedad, en los templos, salvándose así su recuerdo. Mas en su pueblo como en otros, tan pronto como se van organizando las cosas respecto de la escritura y demás necesidades del Estado, sucede que nuevamente, a intervalos rgulares, como una enfermedad, las aguas del cielo vuelven a caer sobre vosotros no dejando sobrevivir sino a iletrados e ignorantes. Así, de nueva cuenta, volvéis a ser jóvenes, sin saber nada de lo aquí sucedido, ni en vuestro propio país, en los tiempos remotos. Porque esas genealogías que citabais al instante, ¡oh! Solón, o cuando menos lo que habéis tratado sobre acontecimientos de esa patria, difieren apenas de cuentos para niños. Desde luego, sólo recordáis un único diluvio terrestre, siendo que muchos hubo anteriormente. Además, la mejor raza y la más bella de los hombres, no sabéis que es en vuestro país que nació, ni que de esos hombres, descendéis vos y toda vuestra ciudad actual, porque algo de su simiente se ha conservado. Lo ignoráis, porque durante numerosas generaciones los sobrevivientes han pere-

cido, sin haber podido expresarse por escrito. Sí, Solón, tiempos hubo, antes de la mayor destrucción por las aguas, en que vuestra ciudad que es ahora la de los atenienses, era entre todas, la mejor en la guerra, y especialmente la más civilizada en todo respecto. En ella, dícese, se ejecutaron las más bellas hazañas; tuvo organizaciones políticas mejores que cuantas han podido existir bajo el cielo". —Lo que habiendo oído Solón, dijo estar maravillado, solicitando lleno de curiosidad a los sacerdotes que recorrieran desde luego toda la historia de sus conciudadanos de antaño.

Y el sacerdote respondió: "No mantendré reticencias, sino que por consideración para vos, Solón, para vuestra ciudad, y aun más por la diosa que os ha protegido, criado, instruído a vuestra urbe y a ésta, os lo diré. De nuestras ciudades, la más antigua es la de vosotros, y por mil años, pues recibió vuestra simiente de Gaia y de Hephaistos. Esta es más reciente. Habiendo transcurrido, según nuestras escrituras sagradas, desde que este país es civilizado, unos ocho mil años.

Es por consiguiente de vuestros conciudadanos de hace nueve mil años que voy a tratar, exponiendo brevemente sus leyes y sus proezas, diciendo lo principal que hayan logrado. Para los detalles exactos, los veremos juntos en otra ocasión, en que tengamos tiempo, estudiando los propios textos. Comenzad por comparar vuestras leyes con las de esta ciudad. Numerosos ejemplos de las que existían entonces, las veréis hoy en día entre nosotros. En primer lugar, la clase de los sacerdotes separada de todas las demás y apartada, en seguida la clase de los artesanos, cada clase de ellos ejerciendo su oficio por separado, sin mezclarse en otras, la clase de los pastores, la de los cazadores y la de los campesinos.

Y para la clase de los combatientes, habréis notado que también aquí es distinta de las citadas, y que a sus miembros la ley prescribe no ocuparse de nada, fuera de lo relativo a la propia guerra. Asimismo, en lo de su armamento, escudos y lanzas, siendo nosotros de los primeros, entre los

pueblos vecinos del Asia, que los adoptamos. Por ser la diosa, que como en este lugar, os lo enseñó primeramente a vosotros. Y en lo espiritual, sabéis cómo se ha preocupado de ello la ley, así como de la educación, descubriéndonos todo, hasta la adivinación, y la medicina en cuanto a la salud, desde las ciencias divinas hasta sus aplicaciones humanas, así como facilitándonos todas las demás ciencias que les siguen.

Así es, igual arreglo y organización que la diosa os había dado, primeramente a vosótros. Ella eligió el sitio donde nacisteis: para el cual había considerado la harmoniosa mezcla de las estaciones, que lo habilitaban para llevar a la vez la guerra y la ciencia, deseando que tal lugar tuviese los hombres más inteligentes. Y porque esa diosa amaba a los hombres más hechos a su imagen, fué el primero que escogió y pobló. Por lo que vivisteis allí, bajo leyes semejantes a las nuestras y aun mejores. Y superabais a todos los humanos en cualquier clase de cualidades, como conviene a descendientes y a discípulos de los dioses. Numerosas y grandes fueron vuestras hazañas y las de la ciudad: aquí están escritas y se les admira. Mas existe una que las sobrepasa a todas en grandiosidad y en heroísmo. En efecto, nuestros escritos enseñan cómo vuestra ciudad aniquiló antaño una potencia insolente que invadío a la vez a toda Europa y a toda el Asia, arrojándose sobre ellas desde la profundidad del Atlántico.

Porque, en aquel tiempo, se podía atravesar ese mar. Tenía una isla, ante ese paso que llamáis, según dicen, las columnas de Hércules. Esa isla era más grande que Libia y Asia juntas. Y los viajeros de entonces podían pasar de esa isla a las demás, y de estas otras llegar al continente, del lado opuesto de este mar que bien merecía su nombre. Porque de un lado, adentro de ese estrecho de que hablamos, parece no haber sino una entrada con el cuello cerrado, mientras que del otro, hacia afuera, existe ese verdadero mar y la tierra que lo rodea y que puede a nuestro entender ser llamado con propiedad, un continente. Pues bien, en esa isla Atlántida, unos reyes habían constituído un imperio grande y maravilloso. Dicho imperio era dueño de la isla entera

e igualmente de muchas otras islas y de partes del continente. Además, del lado nuestro, dominaba a Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia. Esa potencia, reuniendo en cierta ocasión todas sus fuerzas, emprendió, en un solo esfuerzo, dominar vuestro territorio y el nuestro, así como a todos los que se encuentran de este lado del estrecho. Es entonces, ¡oh! Solón, que la potencia de vuestra ciudad lució ante todos su heroísmo y su energía. Porque ha sobrepasado a las demás por la fuerza del alma y del arte militar. Primeramente encabezando a los helenos, después sola ya por las circunstancias, abandonada por las otras, en momentos de supremos peligros, venció a los invasores, levantó el trofeo, salvó de la esclavitud a quienes nunca habían sido esclavos, y sin rencor libró a todos los pueblos y a nosotros mismos que vivimos dentro de las columnas de Hércules.

Mas en el tiempo que siguió hubo temblores de tierra espantosos y cataclismos. En el espacio de un solo día y noche terribles, todo vuestro ejército se hundió de un golpe bajo tierra, y así también la isla Atlántida desapareció en los abismos del mar Es por lo que aun ahora el océano por esa parte es difícil e inexplorable, por el obstáculo de fondos y muy bajos que la isla, al sumirse, ha depositado".

Oísteis brevemente, ¡oh! Sócrates, lo relatado por Critias, según lo que supo por Solón. Ayer, cuando hablabais de la ciudad y de los ciudadanos que describíais, estaba yo maravillado, recordando lo que acabo de contar. Pensaba que, debido a cierta casualidad divina y muy apropiada, coincidíais en casi todo con los datos de Solón. Mas no lo quise decir desde luego. Pues dado el tiempo ya pasado, no recordaba todo suficientemente. Por eso creí preferible repasar antes todo en mi mente, para poderlo repetir como lo hice. Mas así pude aceptar la tarea que me fijasteis ayer desde luego. Me parece, en efecto, que en los estudios de esta índole, conviene antes de todo fijar un tema conforme a nuestro intento, y este podrá convenirnos quizás hasta cierto punto. Por eso, como dijo Hermócrates ayer, al salir de este lugar, les narré cuanto recordaba, y en seguida, reflexionando en la noche, volví a encontrar casi todo el resto. Tan cierto es, como se dice, que lo aprendido durante la infan-

cia queda grabado en la memoria de sorprendente manera. Por mi parte. puede que no pudiera recordar todo lo oído ayer mismo: mas lo que escuché hace mucho tiempo, sería de sorprenderme si algo se me pudiera escapar. Tan grande era mi placer y mi alegría infantiles cuando lo oía, y el anciano me instruía con tan buena voluntad, mientras no cesaba yo de interrogarlo, que esta historia ha quedado en mi ser como si estuviera pintada con cera, en caracteres imborrables: por lo que desde esta mañana os la he redicho, para encauzar nuestra conversación.

CRITIAS O EL ATLANTICO

(Fragmento)

Critias— Ante todo, recordemos lo esencial. Hace en total nueve mil años que la guerra estalló, dícese, entre los pueblos que habitaban más allá de las columnas de Hércules contra todos aquellos del interior. Es de tal guerra que debemos ahora tratar de comienzo a fin. De nuestro lado, según dijimos, esta ciudad estaba a la cabeza de todos y sostuvo la guerra constantemente. Del otro, mandaban los reyes de la Isla Atlántida. Dicha isla, lo dijimos ya, era entonces mayor que Libia y Asia reunidas. Ahora que fué sumergida por temblores, no queda sino un fondo lodoso infranqueable, obstáculo difícil para los navegantes que salen de aquí hacia el gran mar. Los numerosos pueblos bárbaros, y lo que entonces existía como población helena, irán apareciendo sucesivamente, a medida que el hilo del discurso los vaya encontrando. Mas los atenienses de entonces y los enemigos contra los que combatían, debo presentarlos desde el comienzo, haciendo conocer las fuerzas y la organización política de unos y otros. Siendo entre los dos mismos pueblos, de los de aquí que deberé hablar en primer término.

...(Platón expone en detalle las características que atribuye a la antigua Grecia, seguramente hipotética).

En cuanto al carácter de sus adversarios y a su original naturaleza, os los descubriré, para que como amigos compartamos esos conocimientos, si es que no hemos olvi-

dado lo que oímos narrar en nuestra infancia. Desde luego os debo advertir, a fin de que no quedéis sorprendidos al oírme a menudo atribuir a los bárbaros nombres griegos. Sabed la causa: Solón, deseando utilizar este relato en sus poemas, preguntó el significado de esos nombres. Descubrió que los egipcios, primeros en escribir esta historia, los habían transcrito en su idioma. Igualmente él, al encontrar el significado de cada nombre, lo traducía por segunda vez a nuestra lengua, para escribirlos. Y eran los propios manuscritos de Solón que estaban en casa de mi abuelo, hoy están en la mía y mucho los estudié durante mi juventud. Por consiguiente, al escuchar nombres semejantes a los nuestros, no deberéis sorprenderos, ya que conocéis el motivo. He aquí cómo era más o menos el comienzo de esta larga narración.

Como se dijo al hablar del sorteo a que procedieran los dioses, dividieron toda la tierra en lotes, mayores aquí, pequeños allá. En ellos instituyeron, en su propio honor, cultos y sacrificios. Es así cómo Poseidón, habiendo recibido por suya la Isla Atlántida, instaló, en determinado lugar de esa isla, a los hijos que había concebido en una mujer mortal. Cercana al mar, pero a la altura de todo el centro de la isla, había una llanura, la más bella, se dice, de todas las llanuras, y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro de unos cincuenta estadios, había una montaña de mediana altura. Sobre esa montaña habitaba uno de los hombres que en ese país se habían originado de la tierra. Su nombre era Evenor, y vivía con su esposa, Leucipa. Tuvieron una hija única, Clito. La niña tenía ya la edad núbil, al morir su padre y su madre. Poseidón la deseó y se unió con ella. Entonces la altura en que vivía fué fortificada y aislada en círculo por el dios. Para ello hizo que la rodearan círculos de mar y de tierra, pequeños y grandes, unos alrededor de los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar, redondeándolos, por decirlo así, comenzando desde el centro de la isla, de que quedaban por doquier a igual distancia. Así eran infranqueables para los hombres, pues aun no había ni buques ni navegación. Fué el mismo Poseidón que embelleció la isla central, lo que no le dió trabajo, por ser dios. Hizo brotar de la tierra dos manantiales de agua, uno caliente y

el otro frío, e hizo crecer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase, en cantidad suficiente.

Allí procreó y crió a cinco generaciones de hijos gemelos y de sexo masculino. Dividió toda la isla en diez partes. Al primogénito de los dos mayores, donó la residencia de su madre con el lote que la rodeaba, siendo el más vasto y mejor. Lo declaró rey, por encima de los demás: éstos eran príncipes vasallos y a cada cual dió autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un vasto territorio. A todos impuso nombres: el de mayor antigüedad, el rey, recibió por nombre el que ha servido para designar a toda la isla y al mar que se llama Atlántico, porque el primer rey que gobernó entonces se llamó Atlas...

Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron en el país durante numerosas generaciones. También eran amos de gran cantidad de otras islas del mar, reinando, además, como se ha dicho, sobre regiones internas, de este lado de las columnas de Hércules, hasta Egipto y la Tirrenia. Es así cómo se originó en Atlas toda una raza numerosa y llena de honores. Siempre el de mayor antigüedad era rey y transmitía su realeza al primogénito de sus hijos. Conservaron de ese modo el poder por muchas generaciones.

Habían adquirido riquezas de tal manera abundantes, que ciertamente nunca había existido casa real que las poseyera semejantes, ni es fácil la pueda haber en el porvenir. Disponían de cuanto producía la propia ciudad así como todo el país. Pues si abundantes recursos les venían del exterior, por ser dueños del imperio, la mayor parte de lo necesario para la vida, era producido por la misma isla. Desde luego, todos los metales duros o maleables, que se pueden extraer de las minas. En primer lugar, aquel del que no conocemos ya sino el nombre, mas del que entonces se tenía, además, igualmente la substancia, el "oricalco". Se le extraía de la tierra en diversos lugares de la isla: era el más precioso, después del oro, de los metales en ese tiempo conocidos. Igualmente, cuanto los bosques pueden ofrecer de materiales propios al trabajo de carpintería, la isla lo daba pródigamente; asimismo nutría suficientemente todos los animales domésticos o salvajes. Hasta la especie de los ele-

fantes estaba ampliamente representada. Efectivamente, no tan sólo abundaba el pasto para todas las demás especies, aquellas que viven en los lagos, los estanques y los ríos, las que pastan en las montañas y en los llanos, sino que abundaba para todas aun para el elefante, el mayor y más voraz de los animales. Y no era todo, las esencias aromáticas, aun hoy nutridas por el suelo, en cualquier parte que sea, raíces, arbustos o maderas de los árboles, resinas que destilan flores o frutos, la tierra entonces las producía haciéndolas prosperar. Daba asimismo las frutas cultivadas, y los granos hechos para alimentarnos de los que sacamos harinas (llamamos cereales sus diversas clases). Producía esa fruta leñosa que nos proporciona a la vez bebidas, alimentos y perfumes, esa fruta escamosa y de difícil conservación, que se hizo para instruirnos y divertirnos, aquella que ofrecemos, después de la cena para disipar la pesadez de estómago y aliviar al invitado lleno de fatiga. Sí, todas aquellas frutas, la isla, entonces alumbrada por el Sol, las daba vigorosas, soberbias, magníficas, en cantidades inextinguibles. (Quizás se trata del olivo, de la granada y del limón).

Así, cosechando en su suelo todas esas riquezas, los habitantes de la Atlántida construyeron templos, palacios de los reyes, puertos, astilleros, y embellecieron todo el país en el orden que explicaremos.

Sobre los canales marítimos circulares, que rodeaban la vieja ciudad matriz, construyeron puentes abriendo así un camino hacia el exterior y hacia las residencias reales. Ese palacio de los soberanos lo habían edificado, desde un principio, donde vivieron el dios y sus antepasados. Cada monarca recibía el palacio de su predecesor, embelleciendo a su vez lo que ya había mejorado éste. Trataba siempre de superarlo, al grado de que quien contemplaba el palacio quedaba abismado ante la grandeza y la hermosura de la obra.

Construyeron, desde el mar, un canal de tres pletros de largo, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de largo y lo llevaron hasta el canal marítimo circular situado más al exterior. A lós navíos provenientes de alta mar, procuraron de esta manera una entrada, como en un puerto. Hiciéronle

una apertura suficiente para que los más grandes buques pudieran penetrar...

Sacaron la piedra necesaria debajo de la periferia de la isla central y de las murallas, al exterior y al interior. Las había blancas, negras y rojas. Y al tiempo de extraer las piedras, excavaron dentro de la isla dos lagos para los navíos, con la roca misma por techumbre. De las construcciones, unas eran de lo más sencillas; en otras, mezclaban diferentes clases de piedra variando el color para recreo de la vista, dándoles así un aspecto de natural encanto. La muralla exterior la revistieron por completo de cobre, que le daba como una corteza; la interior, la cubrieron de estaño; y en cuanto a la que rodeaba a la propia acrópolis, la ornaron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, al interior de la acrópolis, estaba así dispuesto. En el centro de la acrópolis se levantaba el templo consagrado, en ese mismo lugar, a Clito y a Poseidón. Su entrada estaba prohibida y lo rodeaba una cerca de oro. Es allí donde Clito y Poseidón habían procreado, al comienzo, la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se venía cada año de las diez provincias del país, para ofrendar a cada uno de esos dioses los sacrificios de la estación.

El mismo santuario de Poseidón tenía un estadio de largo, tres pletros de anchura y un alto proporcional. Su apariencia presentaba algo de bárbaro. Habían revestido de plata todo el exterior del santuario, con excepción de las esquinas del techo, que eran por completo de oro. El interior estaba cubierto en lo alto de marfil con adornos de oro, de plata y de oricalco. A lo demás, muros, columnas y piso le pusieron oricalco. Colocaron estatuas de oro: el dios de pie en su carro tirado por seis caballos alados, y era tan grande que su cabeza tocaba el techo En círculo, a su derredor, cien nereidas sobre delfines, (tal era su número, se creía entonces), y en el interior, cantidad de otras estatuas ofrecidas por particulares. Rodeando el santuario, en el exterior, se erigían, de oro, las efigies de las esposas de los diez reyes y de cuantos descendientes habían procreado, y numerosas otras estatuas votivas de reyes y de particulares, originarios de la misma ciudad o de los países externos sobre los que se ejercía la soberanía.

Por sus dimensiones y su trabajo, el altar correspondía a este esplendor, y el palacio real estaba proporcionado a la grandeza del imperio y a la riqueza de los ornamentos del santuario.

En cuanto a los manantiales, el de agua fría y el de agua caliente, los dos daban en abundancia generosa y maravillosamente propias para usarse, por lo agradable y las virtudes que tenían; las utilizaban disponiendo cercanas a ellos las construcciones y plantíos apropiados a la naturaleza de las aguas. Se habían construído tanques, al derredor, unos a la intemperie, y otros cubiertos, destinados a los baños calientes en el invierno: estaban por separado los baños reales, los de los particulares, otros para las mujeres, para los caballos y otros animales de tiro, cada cual con la decoración apropiada. El agua proveniente era conducida al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la virtud de la tierra comprendía árboles de todas las especies, de una belleza y de una altura divinas. De allí corría hacia los canales exteriores por medio de acueductos colocados a lo largo de los puentes. Por ese lado se habían levantado numerosos templos para distintos dioses, jardines, gimnasios para las personas o campos para ejercitar a los caballos. Estos últimos se habían construído aparte en las islas anulares, formadas por cada uno de los cercos. Entre otras, en el centro de la mayor de las islas, se reservó, para efectuar carreras de caballos, un hipódromo, de un estadio de anchura y suficientemente largo para permitir a los caballos que corrieran dando la vuelta completa a la muralla. Alrededor, a todo lo largo y de distancia en distancia, había cuarteles para casi todo el efectivo de la guardia del príncipe...

Cuando se atravesaban los puertos exteriores, en número de tres, se encontraba una muralla circular, iniciada en el mar y distante por doquier de cincuenta estadios de las defensas mayores, formando así el puerto de mayor importancia. Y este muro venía a cerrarse sobre sí mismo en la boca del canal que se abría hacia el mar. Estaba por completo cubierto por casas numerosas y apretadas unas contra otras. En cuanto al canal y al puerto principal, estaban llenos de navíos y de mercaderes venidos de todas partes. Su multitud

provocaba de día y de noche un bullicio de voces, un tumulto sin fin y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua residencia de los reyes, se ha informado así de cuanto la tradición ha conservado. Trataremos ahora de recordar cuál era el dispositivo del resto del país y su organización. En primer lugar, todo el país era elevado, dícese, dominando el mar verticalmente. Mas todo el terreno que rodeaba la ciudad era llano. Esta llanura a su vez estaba cercada por montañas que se prolongaban hasta el mar. Era plana, de nivel uniforme, oblonga en conjunto; medía sobre los lados tres mil estadios, por dos mil, al centro, desde el mar que se encontraba abajo. Esta región, en toda la isla, estaba orientada frente al sur y abrigada de los vientos del norte. Se elogiaba a las montañas que la rodeaban, y que sobrepasaban en número, grandeza y hermosura, a cuantas hoy existen. Había en esas montañas numerosos pueblos llenos de habitantes, ríos, lagos, praderas capaces de nutrir cantidad de bestias domésticas o selváticas, bosques en tal número y de maderas tan variadas, que daban en abundancia los materiales propios para todos los trabajos imaginables.

Esta llanura, a la vez por la acción de la naturaleza y por obra de muchos reyes, durante largo período, se había arreglado de este modo: tenía, ya lo dije, forma de cuadrilátero, de lados casi rectilíneos, y alargado. Donde los lados se apartaban de la línea recta, se había corregido la irregularidad ejecutando el foso continuo que rodea el llano. En cuanto a la profundidad, ancho y desarrollo de este foso, es difícil llegar a creer que tal obra, ejecutada por manos de hombres, haya podido tener, comparada a trabajos semejantes, tales dimensiones. Sin embargo, debemos repetir lo oído al respecto. El foso fue ahondado a un pletro de profundidad; su anchura era por doquier de un estadio, y como rodeaba toda la llanura, tenía diez mil estadios de longitud. Recibía las corrientes de agua que descendían de las montañas, daba la vuelta a la llanura, regresaba de parte y otra a la ciudad, y de allí iba a vaciarse al mar. Desde la parte alta del foso, canales rectilíneos, con ancho de unos cien pies cortaban la llanura, para ir a juntarse al foso, cerca del mar. Distaban

unos de otros cien estadios. Para traer a la ciudad los troncos de la montaña, o por barco los demás productos, de la estación, se abrieron, partiendo de aquellos canales, derivaciones navegables, oblicuas entre sí y en relación con la ciudad. Tomad nota de que los habitantes cosechaban dos veces al año los productos de la tierra: en invierno, usaban las aguas del cielo; en verano, las que da la tierra, dirigiendo su curso fuera de los canales.

Por lo que toca al número de hombres de la llanura aptos para la guerra, se había ordenado que cada distrito proporcionaría un jefe de destacamento. La dimensión del distrito era de diez estadios por diez, habiendo, en todo, seis millares. En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país, los había, dícese, en número inmenso, estando todos repartidos, según la ubicación de los pueblos, entre los distritos y bajo el mando de sus jefes.

Estaba prescrito que cada jefe de destacamento entregaría para la guerra una sexta parte de carro de combate, haste que se llegara a diez mil carros; dos caballos con sus jinetes, sin carro, con un combatiente transportado, con pequeño escudo, que estaba encargado de conducir los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos lanzadores con honda, tres infantes ligeros armados de lanzapiedras, tres otros con lanzas, y en fin, cuatro marineros, para juntar en total los efectivos de mil doscientos navíos...

Los reyes se reunían periódicamente, a veces cada cinco, en otras ocasiones, cada seis años, alternando los años pares y los nones. En esa reunión deliberaban sobre los asuntos comunes, decidiendo si alguno de entre ellos había cometido una infracción y lo juzgaban. Cuando debían rendir la justicia, comenzaban por confirmar sus votos mutuamente, como sigue. Se soltaban toros en el cerco sagrado de Poseidón. Los diez reyes, quedándose solos, después de rogar al dios que les hiciera capturar a la víctima que le sería agradable, comenzaban a cazar, sin armas de hierro, solamente con picas de madera y redes. El toro que atrapaban era llevado a la columna sobre la cual lo degollaban, según estaba prescrito. Sobre la columna, a más de las leyes, había grabado el texto de un juramento que profería los más terribles anatemas contra

aquel que lo violara. Una vez efectuado el sacrificio según sus leyes y de haber consagrado todas las partes del toro, llenaban con su sangre un vaso y rociaban con esa sangre a cada uno de ellos. El sobrante era puesto en el fuego de las purificaciones alrededor de la columna. Después, tomando sangre con copas de oro del primer vaso y arrojándola al fuego, juraban juzgar conforme a las leyes inscritas en la columna, castigando a quien antes las hubiera violado, no infringirlas nunca voluntariamente en el porvenir, no mandar y no obedecer sino conforme a las leyes de su padre. Cada uno se comprometía por sí mismo y por su descendencia. Después bebía la sangre y entregaba la copa en testimonio en el santuario del dios. En seguida todos cenaban y se ocupaban de lo que se ofreciera.

Llegada la obscuridad y enfriado el fuego de los sacrificios, todos vestían hermosas túnicas de azur sombrío, sentándose en el suelo, en las cenizas de su sacrificio sacramental. Así, en la noche, una vez apagadas todas las luces cercanas al santuario, juzgaban y se sometían a juicio, si alguno de ellos acusaba a otro de ser culpable de alguna infracción...

Resulta que esa potencia, de tal naturaleza y magnitud, existente entonces en ese país, el dios la dirigió él mismo contra nuestras regiones, según se dice, por algún motivo como el siguiente.

Durante numerosas generaciones, mientras en ellos dominó la naturaleza del dios, los reyes acataron las leyes y permanecieron fieles al principio divino, al que estaban emparentados. Sus pensamientos en todo eran grandes y verdaderos; actuaban con bondad y buen juicio ante los acontecimientos que se presentaban, como asimismo los unos con los otros. Por lo que, desdeñando todo lo que no fuera la virtud, apreciaban poco sus bienes: llevaban como fardo la masa de su oro y demás riquezas, no dejándose enorgullecer por su exceso de fortuna, ni perdiendo el dominio de sí mismo y siguiendo una conducta recta. Con clarividencia aguda y lúcida, veían perfectamente que todas esas ventajas aumentan por el afecto recíproco unido a la virtud, mientras que por el contrario, el celo excesivo por esos bienes y la estimación en que se les tiene, no solamente los hace perder, sino que también

perece con ellos la virtud misma. Gracias a esta manera de razonar e igualmente a la presencia en ellos del principio divino, cuantos bienes hemos enumerado aumentaban sin cesar. Pero, cuando el elemento divino vino a disminuir en ellos, como resultado de uniones repetidas con numerosos elementos mortales, cuando dominó ese carácter humano, entonces, incapaces ya de soportar la prosperidad actual, cayeron en la indecencia. Ante los hombres clarividentes aparecieron feos, pues habían perdido los más bellos de los más preciosos bienes. Al contrario, a los ojos de quien no sabe discernir cuál género de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, es entonces que parecían perfectamente hermosos y felices, todo hinchados que estaban de injusta avidez y de potencia. Y el dios de los dioses, Zeus, que reina por las leyes, y que, ciertamente, conocía todos estos hechos, comprendió las disposiciones miserables a las que era llevada esta raza, primitivamente de tan excelente carácter. Quiso aplicarles un castigo a fin de que reflexionaran y volvieran a mayor moderación. Al efecto, reunió a todos los dioses, en su más noble aposento: está situado en el centro del universo y desde allí contempla de lo alto cuanto participa de lo que está por hacerse. Y habiéndolos reunido, les dijo...

(Debía relatar la continuación del Diálogo de Critias, la guerra de atenienses contra atlántidos, pero jamás fué escrito más de lo que antecede

VARIAS TEORIAS

Si se admite la versión que a través de los sacerdotes de Sais y de Solón y de Platón, nos ha llegado tras de milenios de años sobre la Atlántida, su mitología, sus vicisitudes y la catástrofe final en que desapareció, es decir, siempre y cuando no se crea, como tantos lo han dicho, que todo no viene a ser sino el filosófico mito del último de ellos, pueden deducirse las líneas principales del aspecto geográfico de la Atlándida, y tratar de identificarlas con determinada región.

Es, como sabemos lo que siempre se ha estado intentando por diversos autores, y por eso conviene considerar los puntos característicos que tuvo esta tierra: Se trata, desde luego, de una isla de grandes dimensiones, situada al oeste de las columnas de Hércules. La capital se levantaba hacia el interior, sobre un brazo de mar que penetraba tierra adentro, rodeada por canales y por potentes muros fortificados y torres, adornados con metales brillantes, cercando grandes templos y edificios. Dos manantiales, frío el uno y caliente el otro, brotaban en el templo de Poseidón.

Había vegetación variada, árboles hermosos, se producían legumbres y frutos, crecían animales de toda clase, hasta elefantes, y se explotaban minas que proporcionaban piedras y metales diversos.

Veremos ahora, sucesivamente, la aplicación personal que cada escritor hace de los datos anteriores, de manera que vengan a confirmar la ubicación que pretende comprobar como la más lógica y certera para la Atlándida.

UNA ISLA DEL ATLANTICO

Para quien lo interprete, sin tratar de buscar otro sentido a la que dice, el relato de Platón respecto de la Atlántida, se refiere obviamente a una gran extensión de tierra que se extendía en cierto lugar del océano Atlántico, más allá del estrecho de Gibraltar, es decir, en algún punto situado adelante de América y enfrente de los continentes europeo y africano: continente ó gran isla desaparecida bajo las aguas del océano en una catástrofe, que sitúa ese filósofo en unos nueve mil años antes de su época.

Tan claro significado ha encontrado, contra lo que se pudiera suponer, menor número de adeptos que el de aquellas teorías que tratan de situar la Atlántida en lugares muy distintos del universo; sin embargo, nos parece que a casi todas esas otras suposiciones geográficas, se puede desde luego presentar la objeción de tratarse de un continente hoy sumergido, de una civilización desaparecida sin dejar trazas materiales accesibles prácticamente a nuestros actuales medios de investigación, sepultados como estarían, no tan sólo bajo las lavas del fenómeno volcánico que provocó la destrucción de aquellas tierras, sino, además, bajo enormes volúmenes de agua: hasta hoy no se ha tenido la extraordinaria suerte de que una sonda remontara algún fragmento u objeto de la extinta población atlántida; pero aun a falta de tan decisiva prueba, es contradicción básica buscar su identificación con regiones no sepultadas bajo el océano.

Así es que salvo la aportación de pruebas indirectas resultantes del estudio de los pueblos que se considera recibie-

ron influjos de la civilización atlante u otros métodos asimismo aplicados a la demostración de la existencia del hundido continente y que se enuncian en su lugar, no hay en realidad sino la tradición platónica que señale un lugar determinado para la ubicación de la Atlántida: y tal lugar es el propio seno del océano de ese nombre: todas las demás sugestiones resultan de ideas posteriores, muchas de ellas plausibles y dignas de estudio, pero que no encajan sino algo forzadas dentro de la verdadera y pura teoría de la supuesta Atlántida. Además, muchos consideran los otros puntos propuestos, tales como Tartesos y el Atlas, no como la sede original de los atlantes, sino como colonias o territorios que habían ellos dominado.

Existe una obra de mérito en que se menciona a la isla Atlántida, del P Anastasio Kircher, S. J., que la publicó en Amsterdam en 1678 bajo el título de **Mundus Subterraneus:** se trata de una mezcla curiosa de los conocimientos exactos de su época, presentados con claridad mediante hermosas figuras geométricas, algunas muy ingeniosas o verdaderas obras de arte, y de ciertas creencias semifantásticas, como en ciertas petrografías de lo más extraordinarias; mas en cuanto a la Atlántida se refiere, viene a ser el precursor de toda una serie de escritores: el Padre Kircher sigue el relato de Platón a la letra, y por lo tanto, está llevado a mostrarnos la ubicación de la Atlántida como en una gran isla colocada entre América y el viejo continente: hemos creído interesante reproducir este antiguo mapa, en que se ven, además, la gran montaña central, y los ríos diversos que la surcan. Hoy se seguiría tal sugestión por más de un atlantólogo, —para emplear un término que comienza a ser de uso corriente—, y así puede verse en la portada de la obra del Coronel Braghine: solamente parecería lógico, como él lo hace, alargar tal isla hacia el sur, no hacia el norte, como lo está en el mapa de que tratamos del siglo XVII: por cierto está equivocado el señor Braghine al decir que la punta, en el mapa en cuestión, está vuelta hacia el sur: la flecha, y la posición de los continentes, indican claramente lo inverso; pero se considera como tendencia general de todas las tierras, quizás debida a

la rotación del globo, como se dice al tratar de la derivación de los continentes, la de hallarse como afilados de manera más o menos acentuada en la dirección austral.

Naturalmente, lo que viene a robustecer extremadamente la idea de la situación en el océano de nuestra isla, es que a la ubicación que se deduce de los diálogos atlánticos, se añaden los muchos testimonios de las ciencias exactas modernas, como se verá en la parte correspondiente. Allí, en especial, señalamos los hallazgos que los diferentes sondeos efectuados en la profundidad del mar han permitido efectuar: se ha determinado gracias a ellos la presencia de todo un paisaje submarino, compuesto por grandes mesetas y montañas, de las que asoman como picachos, las Azores, y otros grupos de islas y que presentamos en forma esquemática según la obra de Donnelly.

Braghine nos informa que el sabio alemán, Mayor K. Bilau, valiéndose de los mapas más precisos disponibles en el Almirantazgo y el Instituto Geográfico de Berlín, dibujó unas cartas del fondo del Atlántico, especialmente en los alrededores de las Azores, en que muestra con claridad la existencia de esas mesetas bien definidas, que indudablemente en un tiempo estaban fuera de las aguas; también el mismo Bilau señala un profundo surco, a quinientos metros debajo del nivel del mar, al que los lechos de todos los ríos de España y Portugal van a arrojarse, es decir, que el fondo del océano era en épocas pasadas en ese sitio el cauce de un río importante que pasaba sobre tierra firme; ese surco se inicia en la depresión frente al cabo Bretón, a dos mil quientos metros de profundidad.

Todos los resultados de su estudio llevaron al Mayor Bilau a escribir:

"La Atlántida descansa en adelante en las profundidades del océano, y únicamente sus cimas más altas son visibles todavía: esas cimas son las Azores. Sus manantiales cálidos y fríos, descritos por los autores de antaño, corren todavía como lo hacían hace millares de años. Los lagos de la montaña están ahora sumergidos. Si seguimos a la letra las indicaciones de Platón y buscamos el emplazamiento de Poseidonis entre los picos cubiertos por el mar, la localizaremos al sur de

la isla de Dollabarata. Allí, en medio de un gran valle relativamente rectilíneo, se elevaba, en una eminencia, Poseidonis, la capital magnífica; pero no podemos contemplar ese gran centro de una cultura prehistórica desconocida: 3,000 metros de agua nos separan de la Ciudad de las Puertas de Oro. Es verdaderamente extraño que los sabios, que buscaron por todas partes la ubicación de la Atlántida, no prestaran atención alguna a ese lugar, no obstante claramente designado por Platón".

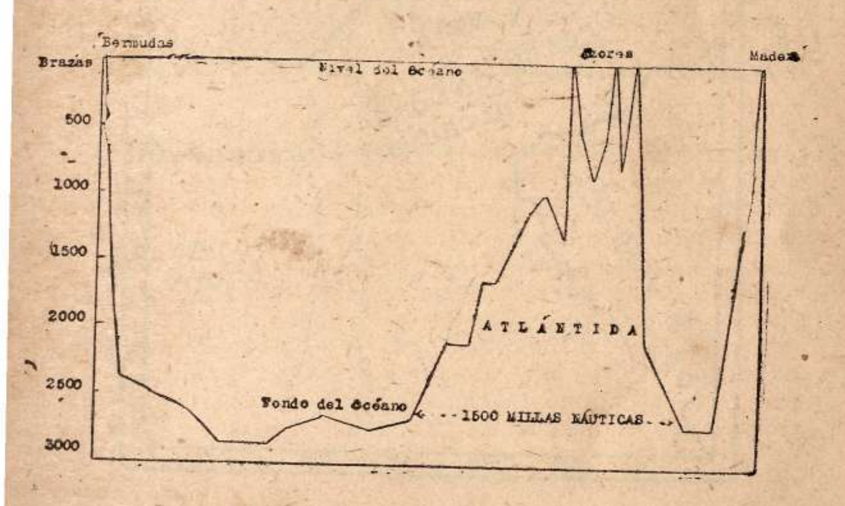
Y el Coronel Braghine, que sostiene firmemente la antigua existencia de la Atlántida como tal isla-continente, agrega a su vez:

"Comparto enteramente el asombro de este sabio estimado y admiro la pereze espiritual de muchos de los arqueólogos que se niegan a ver en las leyendas de la Atlántida otra cosa que un mito poético".

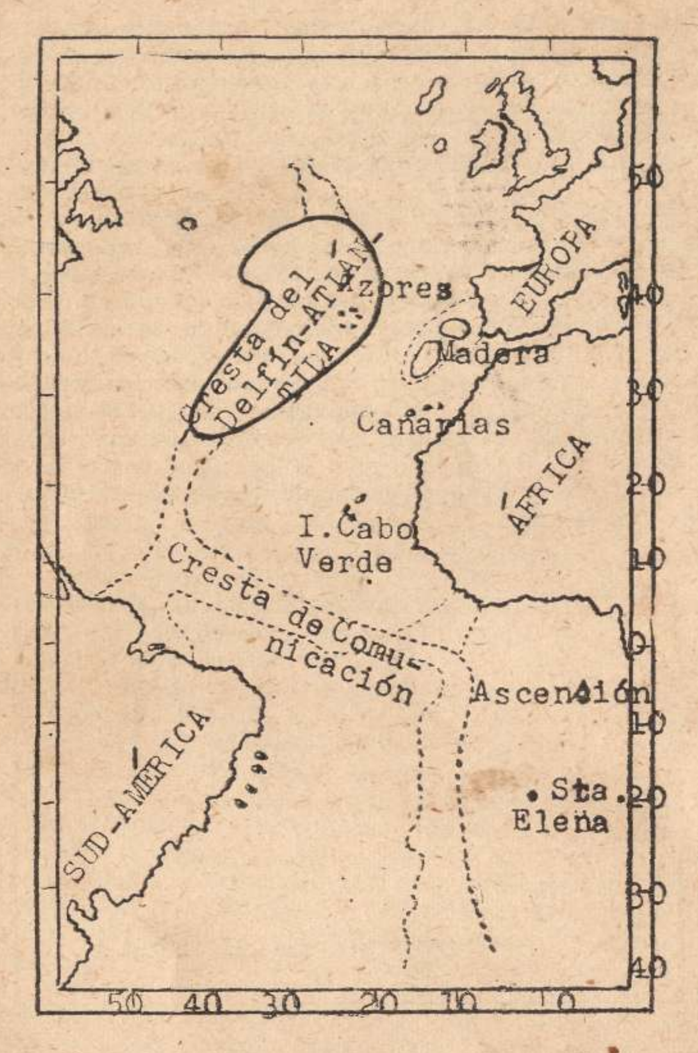
Entre otros escritores que coinciden en esta misma manera de opinar, que parece ser en la actualidad la que agrupa mayor número de adeptos entre los partidarios de la Atlántida como realidad prehistórica, citaremos aún al escritor ruso Dimitri Merejkowsky. Para él un argumento incontrastable reside en la psicología del propio Platón: dice que "hay dos garantes de la verdad: su abuelo, el semidiós Solón y su contemporáneo, su "divino" maestro, Sócrates, que son ambos la verdad encarnada. Si la Atlántida no es más que una mentira, estos dos mienten también o bien Platón los hace mentir en lo que hay para él de más grande y de más sagrado: la constitución de la ciudad humana: la "Ciudad divina"; él miente no solamente a la faz de su pueblo y de su tiempo, sino también a la faz de todos los pueblos y los tiempos, pues sabe —se acuerda, según la maravillosa expresión— que su voz llegará hasta ellos"... "Ligar la descripción de una comarca absolutamente legendaria a nombres geográficos exactamente conocidos, constituye una empresa sin ejemplo en la literatura universal. En semejantes casos la designación de los lugares es siempre equívoca a sabiendas y hasta simplemente fantástica... Ahora Platón designa sin ninguna ambigüedad los lugares geográficos bien determinados: "Las columnas de Hércules (Gibraltar)", la "región de Gadir

(Cádiz)", etc. Este etc., que Hennig "(autor que estaba citando Merejkowsky)" olvidó porque generalmente no se le presta atención, es tal vez lo más importante". Atlántida-Atlántico", bajo esa consonancia se esconde el lazo indisoluble del mito con la historia. Pero, ¿cuál de los dos, el Atlántico o la Atlántida engendrará al otro? Toda la cuestión está aquí".

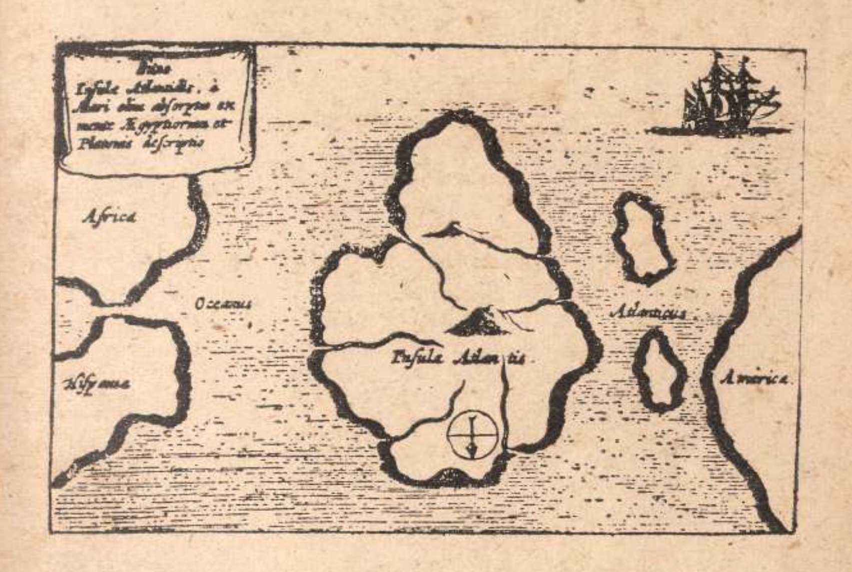
"En toda esta clase de mitos, como puede verse en otros enigmas de la misma clase, tales como Ofir, resuenan los ecos de la Historia", concluye Hennig. No hay ninguna razón para creer que ocurra de otra manera en el caso de Platón. Se puede dar, pues, como establecido una vez para siempre, que el mito de "la Atlántida no está creado en todos los pormenores, sino que esconde una verdad histórica incontestable". (R. Hennig, en **Meereskunde**). Y el genial escritor ruso insiste a su vez en que los sacerdotes de Sais "sabían algo de un país desconocido que se hallaba en medio del océano. Y esto equivale a decir: detrás de la Atlántida se esconde la Historia".



Esquema del perfil del Océano Atlántico, según Donnelly.



Situación de la Atlántida, según la obra del inglés Donnelly.



La isla de la Atlántida, según el P. Anastasio Kirsher (1678)

El Continente Americano

Cuando Cristóbal Colón hubo realizado el maravilloso viaje de descubrimiento que aportó un nuevo mundo a Castilla y a León, y a toda la comunidad humana, la tradición de la existencia de la Atlántida estaba, si no extinguida, por lo menos soñolienta: el vulgo no tenía ni siquiera noción de ella, y solamente algunos doctos que leían en las celdas de los conventos o en sus gabinetes de estudio las obras de los filósofos antiguos, conservaban la noticia de posibles tierras desconocidas, más o menos fantásticas, como la del relato de Platón.

Sin embargo, una vez encontrado el continente americano, debía venir a la mente de más de uno esta doble pregunta: ¿Fué inducido Colón en su empresa por el conocimiento de la tradición atlántida? Y, ¿creyó haber encontrado el desaparecido continente al llegar a playas incógnitas?

Resulta interesante ver lo que opinaba al respecto, en una obra publicada tan sólo sesenta años después del descubrimiento de América, el célebre historiador Francisco López de Gómara. sobre lo que puso en la vía al Almirante; en su **Historia General de las Indias**, editada en Zaragoza por vez primera en 1552, y cuya reimpresión fué mucho tiempo prohibida, dice lo siguiente, dándonos al paso ciertos datos curiosos sobre el gran navegante:

"Capítulo XIV —Quién era Christóval Colón.

"Era Christóval Colón natural de Cugureo, o como algunos quieren, Nervi, aldea de Génova, ciudad de Italia muy nombrada. Descendía, a lo que algunos dicen, de los Pelestre-

les de Plasencia de Lombardía. Comenzó de pequeño a ser marinero, oficio que usan mucho los de la Ribera de Génova. Y así anduvo muchos años en Siria, y en otras partes de Levante. Después fué Maestro de hacer Cartas de Navegar, por do le nació el bien. Vino a Portugal, por tomar razón de la costa meridional de Africa, y de lo que más portugueses navegaban, para mejor hacer, y vender sus Cartas. Casose en aquel reino, o como dicen muchos, en la Isla de la Madera, donde pienso que residía a la sazón que llegó allí la caravela susodicha. Hospedó el Patrón de ella en su casa, el cual le dijo el viaje que le había sucedido, y las nuevas tierras que había visto, para que se las asentase en una Carta de Marear, que le compraba. Falleció el Piloto en este comedio, y dejole la relación, traza y altura de las nuevas tierras, y así tuvo Christóval Colón noticia de las Indias. Quieren también otros, porque todo lo digamos, que Christóval Colón fuese buen latino, y cosmógrafo, y que se movió a buscar la tierra de los antípodas, y la rica Cipango, de Marco Polo, por haber leído a Platón, en el Timeo y en Cricias, donde habla de la gran Isla Atlante, y de una tierra encubierta, mayor que Asia, y Africa, y a Aristóteles, o Theofrasto en el libro de **Maravillas**, que dice: "como ciertos mercaderes cartagineses, navegando del Estrecho de Gibraltar hacia Poniente, y Mediodía, hallaron al cabo de muchos días, una gran isla despoblada, empero proveída, y con ríos navegables"; y que leyó algunos de los autores, atrás por mí acotados. No era docto Christóval Colón, mas era bien entendido: y como tuvo noticias de aquellas nuevas tierras, por relación del piloto muerto, informose de hombres leídos, sobre lo que decían los autores, acerca de otras tierras y mundos. Con quien más comunicó esto, fué un Fray Juan Pérez de Marchena, que moraba en el Monasterio de la Rábida: y así creyó por muy cierto lo que le dejó dicho y escrito aquel piloto, que murió en su casa. Paréceme, que si Colón alcanzara por ciencia donde las Indias estaban, que mucho antes, y sin venir a España, tratara con genoveses, que corren todo el mundo, por ganar algo, de ir a descubrirlas, empero nunca pensó tal cosa, hasta que topó con aquel piloto español, que por fortuna de la mar las halló".

Al regreso del Almirante, según Gómara, ya se generalizó la creencia de que quizás hubiera dado con la tierra del relato de los Diálogos, pues cuando Colón, de retorno a Palos, emprendió el viaje a Barcelona, para ir a presentarse a los reyes católicos, nos relata que: "Mas aunque el camino era largo, y embarazo de lo que llevaba mucho, fué muy honrado, y famoso, porque salían a verle por los caminos a la fama de haber descubierto otro mundo, y traer de él grandes riquezas, y hombres de nueva forma, color y traje Unos decían, que había hallado la navegación, que cartagineses vedaron. Otros, la que Platón en Cricias pone por perdida con la tormenta, y mucho cieno que creció en la mar".

Gómara mismo consideraba como indiscutible que lo descubierto por Colón era la propia Atlántida: ¿no eran, desde luego, tierras situadas más allá de las columnas de Hércules, con ciudades antiguas, vegetación vigorosa y minas ricas en metales de toda índole?... Por eso es que escribía lo siguiente:

"Capitulo CCXX— De la Isla, que Platón llama Atlántida, y otras opiniones, acerca de si los antiguos tuvieron noticias de las Indias. Cuenta Platón, en los "Diálogos", "Timeo" y "Cricias". que hubo antiguamente en el Mar Atlántico, y océano. grandes tierras, y una isla, dicha Atlántida, mayor que Asia y Africa, afirmando ser aquellas tierras de allí verdaderamente firmes, y grandes, que los Reyes de aquella Isla señorearon mucha parte de Africa y de Europa: empero con un gran terremoto, y lluvia se hundió la isla, sorbiendo los hombres, y quedó tanto cieno, que no se pudo navegar más aquel Mar atlántico. Algunos tienen esto por fábula, y muchos por historia verdadera; y Prolo, (según Marsilio dice) alega ciertas historias de los de Etiopía, que hizo un Marcelo, donde se confirma: pero no hay para qué disputar, ni dudar de la Isla Atlántida, pues el descubrimiento y conquista de las Indias allanan claramente lo que Platón escribió de aquellas tierras: y en México llaman al agua Atl: vocablo que parece (ya que no sea) al de la Isla. Así, que podemos decir, cómo las Indias son la Isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir, ni Tharsis, como muchos

modernos dicen; cá las Hespérides son las Islas de Cabo Verde, y las Gorgonas, que de allí trujo Hanón, monas: aunque con lo de Solino hay alguna duda por la navegación de cuarenta días que pone. También puede ser que Cuba, o Haytí, o algunas otras islas de las Indias, sean las que hallaron cartagineses: cuya ida y población, vedada a los ciudadanos, según cuenta Aristóteles, o Thofrasio, en las **Maravillas de la Natura, no oídas**. Ofir, y Tharsis, ni se sabe donde, ni cuáles son: aunque muchos hombres doctos (como dice San Agustín) buscaron qué ciudad o tierra fuera Tharsis. San Gerónimo, que sabía la lengua hebrea muy bien, dice sobre los Profetas en muchos lugares, que Tharsis quiere decir "Mar"; y así Jonas hechó a huir a Tharsis, como quien dice, a la mar, que tiene muchos caminos para huir, sin dejar rastro. Tampoco fueron a nuestras Indias las armadas de Salomón, porque para ir a ellas había de navegar hacia Poniente, saliendo del Mar Bermejo, y no hacia Levante, como navegaron, y porque no hay en nuestras Indias unicornios, ni elefantes, ni diamantes, ni otras cosas, que traian de la navegación, y trato que llevaban".

Francisco Bacon de Verulam, en su famosa **Utopía** publicada en 1638. hace coincidir la república ideal que describe, con la isla de Platón; y aunque asegura no haber preguntado al personaje que aparece informándole sobre su viaje a tierras utópicas, cuál era su exacta ubicación, sí se ve que las consideraba como parte de América, ya que dicho descubridor había sido dejado por Américo Vespuccio en un punto avanzado al final de sus viajes, siendo de allí que él y sus compañeros habían partido en búsqueda de regiones vírgenes, encontrando entre otras la imaginaria Utopía; para mayor abundamiento, al confesar que no podría precisar el sitio donde se hallaba, escribe claramente ignorar "en qué lugar de América" estaba su Utopía: puede por consiguiente colocarse al mártir y gran filósofo inglés entre los que consideraban que Atlántida y América eran un mismo continente.

Otros autores, como los Sansón en 1689 y Vangoudy en 1762, editaron mapas de América en que figuraban su división entre los hijos de Poseidón; Harles y Bicherod eran partidarios asimismo de este concepto de la Atlántida america-

na. El ilustre naturalista Buffon creía que tanto América, como Irlanda y las islas Azores podían ser restos de una gran isla del Atlántico; el propio Barón Alejandro de Humboldt, aunque consideraba como fábula la historia de la Atlántida, opinó que seguramente Solón se enteró en Egipto de ciertas nociones históricas y de vagas ideas sobre la existencia de América; Kruger, en 1855, sosteniendo que los fenicios habían llegado a América, la identificaba a su vez con la Atlántida.

Mayor número de opiniones existe, sin embargo, en el sentido de que el continente americano sería tan sólo una porción del atlántido que no se hundió con todo el resto en el océano, y así explican cómo las civilizaciones de sus primitivos habitantes, muestran con las del Egipto, que estuvieron según Platón en contacto con el continente perdido, coincidencias en ciertas de sus características: pirámides, arados y metates, momificación de cadáveres humanos, escritura jeroglífica, y otros detalles que nunca han faltado autores para poner en relieve.

De cualquier modo, admitir que la tierra situada más allá de las columnas de Hércules, mar adentro, de cuya existencia había llegado la tradición a Platón, pudiera ser el continente americano, o que éste sea resto de tierras mucho mayores que en conjunto formaban la verdadera Atlántida, parecería ser una de las tesis más susceptibles de sostener el examen de la crítica moderna.

NORAFRICA

La región del atlas africano ha sido favorecida por la atención de los investigadores deseosos de encontrar un sitio apropiado para la ubicación de la metrópolis poseidónica de Solón y de su imperio. Especialmente puede considerarse que ha habido lo que se pudiera llamar una "escuela francesa" partidaria de esta idea, seguramente por el hecho de que su país posee en Noráfrica, desde hace cosa de un siglo, uno de los más ricos florones de su imperio colonial, al grado de que está Algeria tan unida a la nación gala, que goza del mismo estatuto que el de los departamentos franceses.

El interes por la Atlántida siempre ha estado vivaz en ese país tan intelectualizado, y todas las hipótesis sobre ella han encontrado partidarios e impugnadores de talento: pero, repetimos, es la región del norte del continente negro la que siempre obtuvo su preferencia, tanto en los trabajos científicos como en los literarios, como en la famoso novela de Benoit de que trataremos adelante.

Hasta dos sociedades especializadas fueron fundadas con objeto de impulsar los estudios sobre el tema: una, presidida por Roger Dévigne, de cuya obra damos cuenta en su lugar, y que ambicionaba crear una sociedad, no ya francesa, sino mundial, para el mismo efecto; la que fundó, que data de 1926, pretende apegarse a las realidades científicas exclusivamente, y se le conocía por "Sociedad de Estudios Atlanteanos"; otra hubo, que se formó por personas segregadas de la anterior, con el título de "Atlantis", bajo la dirección de Paul Le Cour; ambas han editado boletines o

revistas llenas de datos de interés, aunque los primeros reprochaban a sus contrarios su falta de método y de seriedad, diciendo que mezclaban en sus producciones "kábala, escutismo, masonería, Santo Sudario de Turín, Sagrado Corazón de Paray le Monial, "White-Horse-Eagle", caballeros romanos, budas y poseidones"... provocando la natural reacción adversa de la gente seria hacia todo estudio atlantino.

De todos modos, según decíamos, mucha de su actividad estuvo siempre enfocada hacia Noráfrica. Ya en 1868, Godron localizaba la Atlántida en el Sahara; en 1874, el geógrafo Etienne Félix Berlioux iniciaba una serie de publicaciones para demostrar que estuvo en las montañas del Atlas, entre los cabos Ghir y Non, frente a las islas Canarias, a los pies de sus altas cimas nevadas, que alcanzan unos cuatro mil metros de altura.

Como tantos investigadores de esta cuestión atlántida, Berlioux muestra las aparentes conexiones de su hipótesis con lo asentado por Platón, y se extiende en demostrar la identidad de sus habitantes con otros pueblos, relatando sus emigraciones y aun dando cuenta de su aspecto físico: según él, eran hombres de piel blanca, cabellos rubios y ojos claros, cuyo tipo está representado por sus descendientes, en escaso número, pues pocos sobrevivieron a la catástrofe final de su país, en las montañas de Algeria, y se les puede reconocer entre los morenos habitantes de la región.

Naturalmente, no tan sólo han sido los franceses quienes se hayan declarado por estas zonas africanas para situar a la Atlántida; varios autores españoles han señalado también a Marruecos para el caso. Y nos queda aún por nombrar a algunos sabios alemanes que coincidieron con este principio.

Knoetel, en 1893, la sitúa en el noreste de Africa, basándose, principalmente, en un método complejo de mitología comparada, demasiado esotérico para que lo podamos seguir en detalle, aun en el resumen de su sistema que aporta Bessmertny: bastará decir que, para él, los atlantes no formaban en realidad una nación, sino que eran un grupo de sacerdotes, provenientes de un lejanísimo centro que pro-

porcionó todos sus cleros ilustrados a los egipcios, a los brahmanes, a los druidas, a los mismos griegos, a los babilonios y a otros pueblos más; fundaron a través de los siglos ciudades y naciones, organizaron emigraciones, y, en fin, fueron ahogados por los sectarios de nuevos dioses, lo que los griegos expresaron simbólicamente en el relato de la sumersión de la Atlántida. Pero, según Knoetel, la principal ciudad de estos teócratas estuvo en Libia, donde existía la verdadera capital poseidónica del Atlantis.

Se han encontrado vestigios humanos y piedras talladas prehistóricas en el Sahara, de las que concluyó el Conde Byron Cuhn de Prorok que seguramente la Atlántida tragada por el mar se levantó en lo que hoy es desierto arenoso.

En cuanto al geólogo Paul Borchardt, encontró unas ruinas importantes cercanas a Gabes, junto a Udref, en Túnez, que asimiló a Atlantis, "ciudad del estaño", y a la "Sheria" de la Odisea, que citamos a propósito de Tartesos. Como es costumbre, encontraba muchos argumentos variados mostrando su coincidencia con los datos de Solón, aunque posteriormente se pudo determinar que se trataba de un establecimiento de origen romano.

Otro sabio alemán reputado, Albert Herrmann, historiador de las ciencias geográficas, estudió el relato platónico desde el punto de vista del conocimiento que del mundo tenían los antiguos. Ya, dice, el concepto que de la tierra se formaban en tiempos de Platón, era muy distinto del que había reinado en los de Solón: en vida de este último, se la consideraba como un disco limitado al oeste por Túnez y Francia meridional: al no conocerse aún ni España ni Marruecos, no se podía designar por "Mar Atlántico" al actual océano de ese nombre; igualmente, las columnas de Hércules no estaban en el estrecho de Gibraltar, sino que eran verdaderas columnas colocadas en uno de los templos de Heracles o Melkart, en la pequeña Sirte.

Modifica Herrmann igualmente las medidas de la Atlántida que proporciona Platón, que considera exageradas en extremo, debido a un probable error del intérprete que So-

lón y el sacerdote egipcio de Sais que lo informaba, necesitaban utilizar en sus conversaciones: así es que las divide por treinta, para llegar a lo que son, dice, medidas razonables; sólo que así, el templo de Poseidón, que claramente se ve trata de describirnos Platón en su diálogo, como impresionante y grandioso, se reduce a una altura de... ¡tres metros!

Gracias a este recurso aritmético, que creemos haber demostrado que es inaplicable pues traiciona el sentido del texto platónico, Herrmann encuentra parecido extremo a la Atlántida del filósofo griego, así disminuída a su treintava parte, con Túnez, colocando la ciudad de Poseidón en un oasis del pequeño valle de Schott el Djerid, aunque en viaje posterior, efectuado en 1930, precisó que debió de levantarse probablemente donde hoy se encuentran las quince miserables chozas del pueblecito de Rhelissia.

Parece más prudente, con el mismo sabio y según Bessmertny, hacer la reserva de que, si no se confirma por excavaciones posteriores, efectuadas con precauciones y bajo la dirección de personas competentes, que efectivamente estuvo allí precisamente la ciudad de Poseidón, si pudiera haber dado Herrmann con los restos de una civilización precartaginesa, que debió de estar, en tiempos de Hércules, en relaciones con la propia Grecia: es este hallazgo, seguramente, suficiente para la gloria del descubridor.

TARTESOS

Una de las hipótesis que han encontrado eco entre varios pensadores distinguidos, en cuanto a la posible ubicación de la Atlántida, ha sido aquella que la sitúa a la desembocadura del Guadalquivir, cerca de la actual ciudad de Cádiz, o sea Gades, identificándola con la misteriosa Tartesos, que ha intrigado a tantos investigadores, quienes la habían colocado sucesivamente en Etiopía, en la India o aun la confundían con Ofir.

Parece haber iniciado esta teoría el arqueólogo alemán Adolf Schulten, que había efectuado trabajos de excavación de 1905 a 1911 en Numancia, y que en 1922 publicó en Hamburgo una obra dedicada precisamente a **Tartessos, Contribución a la Historia más antigua de Occidente.** No tardaron en apoyarlo con diversos argumentos R. Hennig, especialmente en su obra sobre las **Tierras Misteriosas**, Munich, 1925, y Otto Jessen con un estudio editado en Berlín ese mismo año. En cuanto al filósofo español José Ortega y Gasset, en su ensayo sobre los **Atlántidas**, que primero se publicó en 1924, siendo reeditado en 1943 en Buenos Aires, dedica un capitulo de esa obra a la cultura tartesiana, opinando como sigue:

"Schulten... prueba la existencia de una magnífica ciudad, mucho más antigua que Gades, capital de un vasto reino y centro de una admirable cultura multimilenaria. En su opinión, este pueblo es la auténtica Atlántida. Existe, efectivamente, una rara coincidencia entre la descripción

platónica y estas islas tartesias que forma en su desembocadura el río bético".

El arqueólogo germano declaraba desde luego que Tartesos no es otra que la Tarschich de la Biblia, en que se menciona en numerosas ocasiones a esa ciudad, como por ejemplo cuando gime Ezequiel (7,5) a propósito de la caída de Tiro, diciendo: 'Comerciaste con Tarschich trayendo a tus mercados toda clase de mercaderías, plata, hierro, zinc y plomo".

Conviene advertir que la principal base de los autores partidarios de la identificación de Atlántida y Tartesos, se funda en la descripción que de la primera hace Platón en sus diálogos; antes de nada, consideran que se trata de una ciudad levantada en una isla, a la que se debía llegar navegando tras de las columnas de Hércules, por lo que no sería contradictorio que se encontrara tal ciudad en las islas formadas a la entrada del Guadalquivir, y no forzosamente mar adentro; otros puntos de semejanza lo son la riqueza mineral atribuida a una y otra ciudad; a la presencia en ambos sitios de un templo con dos manantiales en su interior —ya que A. Netolitzky ha creído encontrar en la isla de Gades, a 18 kilómetros de la ciudad, los restos de un templo erigido a Heracles, y en su perímetro, dos pozos, citados por Estrabón, cuyo nivel de agua cambiaba según el movimiento de las mareas. (Según el mismo Netolitzky, el famoso "oreichalco" que cubría los muros de la Atlántida, pudo ser una aleación de plata y cobre, metales que se hallan no lejos de Gades);— al conocimiento en una y otra ciudad de la escritura: en el resto de la Iberia primitiva era aún incógnita, mientras que junto a un pueblo de pescadores levantado hoy en la desembocadura del Guadalquivir, se han recogido un anillo y otras piezas grabadas con caracteres de apariencia rúnicas, aun sin descifrar; en fin, toda una serie de coincidencias, que quedan en evidencia en el siguiente cuadro comparativo formulado por Jessen en la obra citada:

RELATO DE PLATON SOBRE LA ATLANTIDA	HECHOS MATERIALES EN TARTESOS
1—Había una isla ante el paso que llamáis columnas de Hércules.	1—Situada sobre una isla a la entrada del Guadalquivir.
2—La isla era mayor que Libia y Asia Menor juntas.	2—No se trata de una isla; mas su monopolio comercial se extendía hasta Inglaterra y a las costas del ámbar en la desembocadura del Elba.
3—Constituía para los navegantes de ese tiempo un punto de tránsito hacia otras islas y hacia el gran continente situado del otro lado y rodeado por el gran mar.	3—De Tartesos comenzaba la vía comercial hacia las islas del estaño (Casitéridas), en la costa de Inglaterra, y de allí hacia la propia Inglaterra, verdadero país del estaño, cuyas dimensiones podían hacerla considerar como un continente.
4—Su imperio se extendía además sobre territorios interiores, sobre Africa hasta Egipto y sobre Europa hasta Etruria.	4—Tartesos abastecía de metales todo el Mediterráneo, sin exceptuar a Egipto.
5—Cuando más adelante acontecieron temblores e inundaciones inmensas, la isla de la Atlántida fué sumergida en un solo día y noche horribles, desapareciendo	5—No se sabe cómo acabó Tartesos en su guerra con Cartago. La clausura del estrecho de Gibraltar por los cartagineses hizo de un día a otro desaparecer a Tartesos del dominio de los navegantes griegos, sin dejar trazar de su existencia.

6—Todavía hoy este mar permanece inaccesible y no se le puede explorar.	6—Exacto literalmente, mas inaccesible por motivos políticos, no por causas materiales.
7—Un lodo espeso, dejado por la isla al sumirse en el mar, impide la navegación.	7—Probablemente es una fábula cartaginesa.
8—Ricos depósitos minerales en las montañas cercanas.	8—La Sierra Morena, cerca de Tartesos, era una de las más ricas regiones mineras del mundo de la antigüedad.
9—Existía en la Atlántida una red de canales muy extensa, tal como no se conocía otra igual en la más remota antigüedad en Europa.	9—Del Guadalquivir salía una red considerable de canales mencionados por Estrabón, que no pudieron construir sino los habitantes de Tartesos.
10—El de mayor ancianidad del pueblo es rey de los atlantes	10—El último rey de Tartesos, Arganthonios, reinó por ochenta años y vivió hasta la edad de ciento veinte.
11—Había en la Atlántida muy antiguas leyes escritas, formuladas, se decía, hacía ocho mil años.	11—Estrabón dice de los Tudetanios (Tartesianos): "Son los más civilizados entre los iberos, conocen la escritura y tienen libros antiguos, también poemas y leyes en verso a los que atribuyen siete mil años".

Se citan varias fuentes antiguas que vienen a reforzar los argumentos para localizar a Tartesos en este punto, como las **Ora Marítima** de Avieno, escritas por el año trescientos de nuestra era, en que trata de un viaje anterior en nueve siglos, que coloca a la ciudad en la desembocadura

del río Bético, al oeste del Mar de Liguria; Scymos en su Periegesis refiere que el historiador Eforos (400-334 antes de Cristo), asienta estar Tartesos a dos días de navegación del estrecho de Hércules.

Los autores alemanes citados han querido establecer que Tartesos era una colonia germánica: entre otros argumentos, citan a Muchau quien en 1911 había mostrado que el ámbar, tanto de Tartesos como del norte europeo, tiene la misma acidez cuando se le somete a análisis químico.

El dominio de Tartesos parece haber abarcado un territorio más o menos idéntico al de la actual Andalucía. Probablemente era ya centro importante de comercio 3,000 años antes de la era cristiana; en el siglo IX A. C., fué descubierto por los fenicios, quienes en sus inmediaciones fundaron a Gades; allí llegaron en el siglo VII los focenses; y tiempo después, los cartagineses la asaltaron, cerrando la navegación por el estrecho de Gibraltar a todos los demás pueblos. Hennig escribe a este respecto:

"Cuanto dice Platón del carácter paradisiaco de Atlantis semeja un eco de antiguos recuerdos de Tartesos. Platón vivía por el año 400. Entonces Tartesos no estaba sumergida y desaparecida para el mundo griego sino desde hacía unos cien años. Ciertos recuerdos de esta Venecia histórica de Occidente podían "aún en esa época estar vivos". Según el mismo Hennig, Platón nombra por hijos de Poseidón a los gemelos: Atlas, que reinó después de él, y Gadiros, "a quien correspondieron las puntas terminales de la isla hacia las columnas de Hércules y Gades": lo que muestra que Platón considera a su propia Atlántida como cercana a Cádiz.

El sitio de que tratamos y donde se ha querido localizar a Tartesos, ha sufrido muchos cambios desde las centurias que precedieron a la era cristiana; entonces la desembocadura del Guadalquivir formaba amplias lagunas con islas donde estuvo la importante metrópoli comercial, que acabamos de ver comparada a la misma Venecia; ahora está azolvada casi toda esa costa, pero se han encontrado, no solamente las piezas grabadas de que hemos hablado, sino diversos otros vestigios, tales como piedras de las construc-

ciones de antaño que han servido a los pescadores del rumbo para levantar sus habitaciones, y algún mármol bellamente tallado.

Hennig aventura otra hipótesis más: notando que Homero en la Odisea, no menciona para nada a Tartesos, ni a Gades, a pesar de que las costas marítimas occidentales del mundo entonces conocido están todas fielmente descritas por el poeta, y que en cambio Sheria, capital del país de los feacios sí merece su interés, estudia la descripción de esta última ciudad, concluyendo que no pudo estar, como generalmente se admite, en la isla de Corfú, sino que en realidad, bajo tal nombre, se trata de la misma Tartesos, o sea, por consiguiente, de la Atlántida de Platón: pero no entra en el campo de nuestro estudio la discusión de ese punto, por lo demás, de muy difícil resolución.

¿Qué vale la teoría que coloca en la desembocadura del Guadalquivir, bajo el nombre de Tartesos, a la Atlántida de Platón? Nos parece demostrado que Tartesos, la antigua sede de un comercio activo y capital de rica zona, sí pudo estar allí ubicada, y que sean sus restos los que se han encontrado; pero, ¿puede además identificársela con la Atlántida? Todo depende, a nuestro entender, del valor que se atribuya a la descripción que de ella hace el filósofo: si lo que dice se refería a hechos materiales, es indudable que impresiona la serie de similitudes que se han hecho resaltar entre ambos desaparecidos países, aunque el primero lo haya sido por el lento retiro del mar en el curso de los siglos, y el otro en súbito y violento cataclismo; pero si el relato platónico es tan sólo la descripción de una sociedad utópica, el paralelo naturalmente cae de por sí. Don José Ortega y Gasset reserva su propia opinión al concluir diciendo: "No podría yo determinar el valor de la obra de Schulten, ni es ello tampoco urgente para la intención que me ha movido a comentarla. Me interesa sobre todo, como síntoma de la actual sensibilidad europea, que, mientras en la superficie parece muy preocupada por la liquidación de la guerra, en su fondo secreto se dispone a aparejar hacia Atlántidas, a huir del presente y refugiarse no sabe bien dónde —en lejanías, en profundidades, en ausencias. Vivimos una hora

muy característica de transición espiritual, y aun son pocos los que han llegado a tierra nueva y estadiza. Los demás viven en fuga sentimental, dispuestos a ausentarse de lo que constituye la forma ya caduca, pero aun vigente, de la existencia europea".

Nigeria

El principal exponente de la teoría que quiere encontrar en la región comprendida entre el océano Atlántico y el codo del Niger a la perdida Atlántida, lo ha sido el explorador del continente africano Leo Frobenius.

Este sabio alemán ideó por los años de 1894 a 96 un método con el que revolucionó la Etnografía: es el procedimiento cartográfico aplicado al estudio de las civilizaciones, el "kulturkreise", o, como dice Don José Ortega y Gasset, "los ámbitos o círculos culturales". La idea misma no puede ser más sencilla. pero ha dado al aplicarse sorprendentes resultados: sobre un mapa mudo, se anotan los puntos en que se ha comprobado la existencia de determinada costumbre, de algún utensilio, de cierta creencia o rito, cualquier hecho característico de ese lugar. Los mapas en que se concentran los resultados de cada una de esta serie de observaciones, son comparados entre sí: y es entonces que se nota que los diversos análisis realizados muestran la existencia de zonas de agrupación de hechos aparentemente desconectados, pero que permiten caracterizar los territorios en que domina alguna civilización, y conectarla con otras zonas a veces muy alejadas, en que indudablemente la coexistencia de todos esos mismos usos y costumbres, requiere que haya habido identidad en las culturas.

He aquí cómo afirmó en la obra **Y Africa Habló,** en que refiere su tercer viaje por esas tierras de 1910 a 12, la convicción que había adquirido de que estaba en presencia de una antiquísima civilización, semejante a la descrita por

Platón; traducimos de la obra de Bessmertny textualmente su aserto:

"Pretendo haber encontrado a la Atlántida, centro de intercambios entre la civilización occidental, situada más allá de las columnas de Hércules, la Atlántida de la que nos dice Solón que contenía la fortaleza de Poseidón, que una poderosa vegetación la recubría, que plantas arborescentes daban alimentos, bebidas, bálsamos (palmera de aceite), que producía la fruta rápidamente corrompida del "árbol de fruta" (el plátano) y condimentos agradables (pimienta), que se encontraban allí elefantes, que ese país producía cobre (tal como acontecía en época aun reciente en los montes Yóruba), que los indígenas vestían con ropa de color azul obscuro (indigotero) y que tenían una arquitectura algo especial (techos en forma de silla de montar construidos con hojas de palmera). Considero, pues, como habiendo sido la Atlántida, al país Yóruba, tierra tropical fecunda y extremadamente rica, cortada a lo largo de sus costas y sobre las riberas del Níger por infinidad de lagunas y canales, y del que determina bastante bien las características el relato de Platón. Lo considero como habiendo sido el país de los descendientes de Poseidón, que los yórubas llaman Olokun, la patria de un pueblo del que decía Solón "que había también extendido su dominio hasta Egipto y el Mar Tirreno". Hemos vuelto a encontrar a la nación marítima y guerrera del siglo XIII antes de nuestra era. Hemos localizado ese intermediario de los contactos de la civilización de oriente con la de occidente, agente en el conflicto en el que la cultura de oriente triunfó adquiriendo sus primeros conocimientos sobre las tierras mágicamente bellas de los trópicos, situadas "lejos fuera de las columnas de Hércules".

En una obra posterior, la **Teogonía Atlántica**, editada en Jena en 1926, completó con muchos detalles su sistema: gracias a su procedimiento cartográfico, determinaba que en el país de los yórubas había un fondo aun vivo de una antigua civilización desconocida; encontró una serie de características especiales en cuanto, por ejemplo, lo que respecta a "las ruinas, la forma de los arcos, los tatuajes, la

disección de los cadáveres, los presagios sacados de víctimas humanas, o por el uso de cordones, el simbolismo de los números, y, sobre todo, la permuta del supuesto sexo del Sol y de la Luna": había una liga indisputable con Asia occidental.

Se lo confirmaron múltiples detalles más: ídolos-tablillas, cruz gammada o svástica sagrada, roseta de ocho radios, muchos objetos esculpidos, y otros más: puede, pues, concluirse con el autor, a quien apoyó el arqueólogo Schulten, ya citado en relación con Tartesos y Numancia, que había allí una civilización emparentada con la tartesiana, la etrusca y la del norte africano de 1,500 a 2,000 años antes de nuestra era: según estos sabios, el conjunto de aquellos países constituía el verdadero imperio atlante.

Frobenius desenterró unas bellísimas cabezas de terracota, sobre todo la de Olokun, el dios del mar correspondiente a Poseidón, que de por sí bastan a mostrar que en el siglo XV o XVI antes de Cristo, de que datan, la cultura de Nigeria que las originó alcanzaba un alto nivel. Son tan admirables e inesperadas, que Ortega y Gasset, juntándoles algunas fotografías de obras budistas más recientes, las reproduce en su obra sobre **Las Atlántidas**, juzgando que en rigor ellas solas podrían enviar a quien las contemple, "con el poder insustituíble de la intuición... la línea clara de su canto".

"No se trata sólo, ni principalmente", sigue diciendo el ilustre filósofo español, "de una emoción artística. Algunas de estas esculturas no son de gran valor estético. Se trata de una emoción más grave e integral. Es la sorpresa ante un pasado desconocido y admirable, es el choque con formas de humanidad poderosas y tan distintas de las nuestras, que al enfrentarnos con ellas sentimos una fértil y educadora vacilación".

Nos parece que, sin entrar en el fondo de las intrincadas semejanzas halladas por Frobenius, ni de las precisiones étnicas y arqueológicas con que las soporta, y aun admitiendo que algunas de aquéllas sean algo aventuradas en el presente estado de nuestros conocimientos, puede adoptarse

la actitud del propio explorador: "el hecho de que sus descubrimientos concuerden con el relato de Platón relativo a la Atlántida, tiene una importancia secundaria. Pone en evidencia como mucho más importante que todas las hipótesis atlantidianas, el hecho de que se encontró actualmente aun viva, una civilización proveniente de un pasado extremadamente lejano".

Etiopia

Un autor francés, D. Duvillé, publicó en París en 1936 un libro que vale mucho, por lo menos como presentación material, pues su autor es un dibujante y calígrafo de mérito: así es que sus ilustraciones, portada y numerosos adornos con que lo engalana, merecen los mayores elogios; su tesis, en cambio, que ya había sido antes de él defendida, pero a la que da un desarrollo extraordinario, no es quizás tan convincente: lo mejor será, de cualquier modo, exponerla aunque sea brevemente.

La obra se titula: **La Aethiopía Oriental o Atlantia, Iniciadora de los Pueblos Antiguos.** Declara primero su autor que Homero, en la Odisea, "menciona dos Etiopías: una occidental y la otra oriental. En su recorrido, Scylas de Coriandro dice ser con los etíopes que los fenicios comerciaban cuando llegaron a la isla de Cerné, más allá de las columnas de Hércules. Evidentemente no se trata de la Etiopía actual".

La Atlántida de Platón es para Duvillé la Etiopía occidental, que distingue, pues, de la actual u oriental. Entre ambas se facilitaron antaño las relaciones de toda índole, por la existencia universalmente reconocida de un vasto mar interior norafricano, que ocupaba los espacios hoy desolados del Sahara. Esta fácil vía de acceso, para los pueblos que dominaban el arte de la navegación, subsistió hasta que la total sumersión de la Atlántida, correspondió al desecamiento del desierto.

El autor considera toda una serie de emigraciones de

pueblos salidos de la Atlántida en tiempos remotísimos, que fueron los propagadores de su civilización a través de todas las naciones de la antigüedad, en una dirección, hacia Europa y Asia, y por la otra, hacia América.

Con increíble erudición pone en juego una cantidad prodigiosa de datos sobre las mitologías, las costumbres, las artes, el lenguaje y la escritura de cuanto pueblo se conoce: desfilan así las civilizaciones del Egipto, Caldea, Asiria, Babilonia, Persia, Fenicia, Judea, Creta, Vasconia, Grecia, la India, China, Japón, el Anáhuac, todo el universo, en una palabra.

Para Duvillé, como para muchos autores que se han ocupado de establecer la unidad de origen de razas y culturas, constituye un centro ideal la Atlántida, situada convenientemente entre los principales continentes: así es cómo al encontrar semejanzas, por ejemplo, entre lenguas tan distantes en su ubicación presente como el vasco y algunas del hemisferio americano, creen que la solución única es la existencia y la utilización para tal fin de esa desaparecida isla-continente. Gutierre Tibón, en su amena obra sobre **México 1950**, se refiere a este problema, en los siguientes términos:

"En 1821 Guillermo de Humboldt, hermano de Alejandro, se dió cuenta de las singulares afinidades de la lengua vasca con algunas de la América septentrional y quiso explicarlas mediante la hipótesis de la Atlántida. El filólogo Uhlenbeck halló también notables coincidencias vascoamericanas. La 'explicación más atendible de estas afinidades entre el antiquísimo idioma de los vascos y las lenguas de la parte septentrional de nuestro continente, es la que da el gran glotólogo italiano Alfredo Trombetti. El vasco era hablado en la región de los Pirineos antes de la llegada de los indoeuropeos. Unos pueblos del Cáucaso hablan una lengua congénere, y quizás en un tiempo no existía solución de continuidad entre las tribus que, desde el Cáucaso hasta los Pirineos, de Iberia a Iberia, hablaban este idioma. Durante las invasiones indoeuropeas, los vascos y los caucasianos, refugiados en sus montañas, no tuvieron contacto

con los recién venidos y pudieron mantener así su idioma en el transcurso de los siglos, con pocas influencias ajenas. El caucásico está emparentado con el indochino (sinotibetano), desde el cual, por trámite de las lenguas paleoasiáticas, se pasa al grupo americano".

Duvillé menciona también las semejanzas encontradas por M. A. Duray entre el egipcio y el maya: son evidentemente impresionantes, así como los rasgos arqueológicos y de otra índole que se han señalado entre esos pueblos; por ejemplo, en egipcio, obscuridad se dice "akhahk", y en maya "akab"; "akh" significa "enverdecer", en maya: "aak" es "verde"; "mu" es "agua", en maya "mu" es "húmedo": y así muchos vocablos más; pero como para el vasco, puede haber sido el camino de difusión, no forzosamente por la Atlántida, sino por Asia.

Sería prolijo querer seguir a Duvillé por tan variadas como difíciles investigaciones; bástenos reproducir sus conclusiones:

"1o.—Parece que en una época relativamente reciente debió existir un pueblo de cultura superior, en posesión de conocimientos tan perfectos como los que tenemos desde hace un siglo; 2o.—La geología prueba la existencia de tierras sumergidas; 3o.—La astronomía existía entonces; lo prueba el empleo del calendario, las medidas de la gran pirámide, el establecimiento del ciclo zodiacal, la existencia de fiestas fijas, solidarias de los solsticios o de los equinoccios; 4o.—Hemos podido notar una ciencia divinatoria que hace suponer que los antiguos conocían la influencia planetaria sobre la actividad de nuestras glándulas, y así deducir el comportamiento colectivo; 5o.—Consta la existencia de una lengua madre que ha dejado de los dos lados del océano Atlántico raíces comunes, y hemos seguido con sorpresa el camino de ciertos símbolos y sistemas constructivos, de norte a sur.

"Nuestro occidente nos ha revelado por las excavaciones, por los grabados de las grutas de Vezere y Altamira, la presencia en la época post-glacial de una raza superior y

estética, la de Cro-Magnon, que desaparece de esos lugares en el período siguiente. Estos han dejado sus osamentas desde las grutas occidentales hasta las planicies asiáticas, propagándose a lo largo del Mediterráneo hasta Etiopía.

"Pudimos, por otra parte, ver entre los pueblos orientales y los de América, una tradición relatando la venida de extranjeros civilizadores, y una comunidad de costumbres y de usos que hacen suponer los recibieron, unos y otros, de una luminaria intensa colocada cerca de ellos.

"Veo en las distintas narraciones mitológicas, en los Titanes, los Nephilim, los Gueborim del Génesis, el recuerdo dejado por la humanidad superior, la raza de los Cro-Magnon educando a los neolíticos y a los negroides pigmeos de Africa. Como el estudio de las civilizaciones antiguas parece reunir alrededor de dos polos magnéticos a los pueblos que las aprovecharon, en diferentes grados; que la mitología confirma lo mostrado por los hechos. Herodoto y Diódoro escribieron que los etíopes pretenden haber colonizado a Egipto, madre de las civilizaciones; que hemos visto por otra parte los lazos que unen ese pueblo a su hermano el inca, terminaré concluyendo que los dos polos anteriores son las dos Aetiopiae de Homero, la primera situada más allá de las columnas de Hércules, la segunda en el sitio de la Etiopía actual".

La Doble Atlántida

La hipótesis antes condensada, que considera la existencia de dos Etiopías, la del Rey de Reyes Haylé Selassié I, y la que estuviera en la isla del océano descrita por Platón, o Atlántida, como formando por su conjunto la sede original de toda la civilización del mundo de la antigüedad, recibió hace algunos años una interpretación diferente y un desenvolvimiento considerable, por parte del sabio orientalista estrasburgués José Karst; su obra es poco accesible, basada en una erudición que la hace comprensible tan sólo para verdaderos especialistas en el estudio de las extintas lenguas y de las características diversas de pueblos remotos y desaparecidos; para dar una ligera idea de su teoría, nos valdremos de la obra de Bessmertny, quien por su parte se extiende bastante sobre las ideas de Karst, ya que previene que proceder de manera distinta sería, en su opinión, "traicionarlo".

Sin embargo, si nos colocamos en el punto de vista que nos concierne, es decir, el de la historia de las teorías que se han formulado respecto de la existencia y ubicación de La Atlántida. nos parece que, en realidad, no nos corresponde entrar en los detalles de las migraciones de pueblos, analogías en sus lenguajes o costumbres y tantos otros puntos de interés, pero que harían demasiado extensa esta obra y no son esenciales a nuestro limitado objetivo: juzgamos, en efecto, que la teoría de Karst tiene como principal importancia su idea de que hubo, no un centro del que partiera la cultura para irse extendiendo por la tierra, sino

dos de estos focos civilizadores, uno en occidente y otro en oriente: esta es, según creemos, su verdadera originalidad y la aportación real que hace al mundo de la intelectualidad; pues aun en la obra de Duvillé sobre una doble Etiopía-Atlántida en el fondo, una antecede a la otra, no sólo en el tiempo, sino en cuanto a identidad en la primitiva civilización que se propaga, por lo que viene así a alinearse en el campo de los que buscan la unidad de origen de las razas humanas.

Mientras que Karst, aunque haya también una de sus Atlántidas que preceda a la otra —aquí es la oriental la primera de las dos,— cada una representa culturalmente muy distinta influencia: son realmente dos orígenes diversos de civilización que se consideran en juego, ya no dos etapas del mismo centro generativo.

Así es que imaginamos que para Karst, si se colocaran en sitios distintos de los que les asigna sus continentes atlantes, pero se conservara el parentesco étnico y lingüístico entre las poblaciones enteras de que trata en su obra, no sería este un cambio fundamental para sus teorías; es decir, las creemos, más que geográficas, de índole racial y cultural, y por eso mismo, como decíamos, algo fuera del campo de nuestro estudio en cuanto a esos aspectos.

Dará una buena idea de lo que más nos toca en las ideas de Karst, la carta sigiuente que le dirigió a Bessmertny, y que pasamos a traducir:

"Como base de mis estudios sobre la Atlántida, está la vieja teoría cosmológica de una Etiopía del este y de una Etiopía del oeste, de una isla del sol del este y de otra del oeste, de columnas de Hércules al oriente y al occidente.

"La Atlántida oriental o indo-oceánica se continúa al noreste por un "interland" turaniano-este-asiático. Débese uno representar a la Atlántida occidental o hesperidiana como análoga a la anterior en cuanto a estar ligada con un antepaís hiperbóreo-oeste-europeo que debe haberse extendido como continente insular del noroeste de Europa más allá de Gran Bretaña, Islandia, etc., hacia América. Mis dos Atlántidas, que supongo ligadas por su civilización como

también, en parte al punto de vista etnográfico (por su población), debían asimismo tener una parte sub-etiópica y una parte nórtica-hiperbórea.

"Como liga entre la parte indo-oceánica y la parte este-asiática-turaniana de la Atlántida oriental, me inclino a designar la parte media del Asia anterior, es decir, aproximadamente a Irán, Armenia, el este de Anatolia. Usaré el término de "frigios", en el sentido más amplio de la palabra, para designar cómodamente el conjunto de la población primitiva de Irán y de las regiones de Asia anterior contiguas al Irán y al oeste, o para designar ese conjunto medio, entre la Atlántida oriental indo-oceánica y la Atlántida oriental turaniana.

"Creo así haber logrado (después de un profundo estudio de las fuentes y de las publicaciones anteriores) encontrar el camino que llevará a la solución de la cuestión atlantidiana. Por incompletas que estén mis argumentaciones sobre ese punto (que no constituye sino un detalle accesorio en el conjunto de mis trabajos), estas demostraciones indican por lo menos probablemente, en lo esencial, dónde se encuentra la verdad. Me alegraré de que puedan dar un impulso "e indicar cuál es la dirección que deberá seguirse para resolver finalmente ese problema particular de la historia primitiva".

Según Karst-Bessmertny, la verdadera Atlántida de las costas índico-persas fué la cuna de los pueblos ibero-etíopes, gran raza que constituyó el primer vehículo de la civilización: "A este grupo pertenecen los sumerios y elamitas, el pueblo civilizado pre-ario de la India anterior, los proto-egipcios prehamíticos, los turdetaneberianos de España y un pueblo cultivado ibero-atlántico céltico primitivo".

A dicha Atlántida asimila la isla de Ogigia de los griegos: formaba una isla-continente pre-diluvial, como continuación de la costa sud-oriente de Arabia, extendiéndose hacia Madagascar y Ceilán.

La segunda Atlántida era "occidental, libia y hesperidiana, constituida primero por "Africa Menor" (extendiéndose de Túnez a Marruecos), región entonces ligada a Ita-

lia, como península, por un puente tunesio-siciliano, mientras que, al sur y al este, la rodeaba cual a una isla el mar que cubría el Sahara.

"Karst cree que esta tierra estaba en continuidad con un archipiélago después desaparecido, del que quedan como fragmentos las islas de Cabo Verde, Canarias y Azores".

El orientalista, como vemos, divide sus primitivas Atlántidas; por ejemplo, dice que la tradición platónica, es decir, egipcia, reposa sobre el "hecho real de una cadena de pueblos prehistóricos civilizados, ligados por un parentesco interior, que rodeaba en un gran círculo la masa montañosa de Asia oriental y formaba, bajo el nombre de Atlantes, dos grandes focos iniciales de la civilización humana primitiva, uno en el Asia del sureste-indio, al que correspondía la Atlántida inda, el otro en China septentrional entonces marítima insular y en los montes Altai: es la Atlántida sino-altaica. Esos Atlantes de Asia oriental que, en nuestra opinión, eran conocidos por los siro-canaanitas bajo el nombre de Cainitas o pueblos de Henoch, pueden reclamarse etnológicamente de la raza ainu-inachidiana o sub-mogólica.

"Esos ainu-inachidianos reunían en sí mismos elementos paleo-asiáticos y, propiamente hablando, sino-mogoloides. A esto se añadió una mezcla ibero-etíope. Los ibero-etiopes han debido extenderse muy temprano a través de las costas y de las islas del Asia meridional hasta la costa oriental indochina, puesto que la existencia de los etíopes ha sido demostrada. De esos tres factores de composición: el factor inachidiano paleo-asiático, el factor proto-mogólico y el factor subetíope-sud-ibérico, nació como producto de cruzamiento nuestra raza atlantidiana. Se puede explicar el parentesco de la civilización del oeste del Sudán y la civilización de Malasia y Polinesia (o más bien sino-asiática) solamente por una extensión de la raza primitiva hacia Sudán y la Hesperia. Los etruscos y el pueblo más antiguo civilizado del Egipto prehamítico, deben provenir en occidente de los atlantes. Una rama fué a dar a América del Sur y América Central por el Mar del Sur y sus islas. Es lo que explica el carácter egiptoide de la alta civilización ame-

ricana. Como hay un Ofir de Asia del sureste, Karst reconoce otro Ofir en el Perú".

El estudio lingüístico de Karst es de lo más arduo: conviene sin embargo que mencionemos un asunto que atañe directamente a América, pues viene a confirmar lo dicho en relación con la Etiopía de Duvillé: cita Karst numerosas semejanzas entre ciertas lenguas indígenas norteamericanas, como el dakota, "con idiomas del grupo pontocaucásico, el cual está en relación con el tibetano y el indochino. Como, por otra parte, existe una serie de concordancias absolutamente indiscutibles entre esta misma lengua inda y la lengua uralo-vasca así como con el indogermánico, todo hace concluir que las razas sioux-dakota vinieron del este a su actual residencia".

Bessmertny concluye diciendo: "Tales son las hipótesis, luminosas por su unidad interior, sobre las cuales Karst construye el desarrollo de sus investigaciones sobre la raza, la lengua y la civilización de los atlantes. Evidentemente no podemos examinar aquí hasta qué punto conclusiones fundadas sobre la filología comparada resisten a una verificación, y aun si son susceptibles de verificarse".

Confesamos que hemos tenido la misma duda al estudiar la imponente teoría de Karst, como asimismo tantos otros edificios lingüísticos que según sus creadores comprobarían la identidad de orígenes de pueblos a veces muy disímbolos, teorías que rara vez han resistido a la prueba demoledora del tiempo y de la crítica; esperemos que algún día un verdadero especialista, como lo es el notable filólogo con que tiene hoy la fortuna de contar México, Gutierre Tibón, varias veces mencionado aquí, nos dé sus luces al respecto, que serán las bien venidas en tan intrincada materia.

El Extremo Norte

Entre los sitios más o menos inesperados adonde la imaginación de los hombres ha ido colocando a la Atlántida, no han podido faltar las regiones del norte de la tierra, aunque, en principio, su clima no parecería corresponder a la descripción del ideal platónico. Pero nunca han faltado recursos a quienes proponían esos rumbos, para darle alguna vuelta a la dificultad.

Así, en 1675, se publicó en Upsal, Suecia, una obra en latín y sueco por Rudbeck, a cuya tesis, por lo menos, no le habrán negado patriotismo sus coterráneos: su argumentación, según el mismo Bessmertny que hemos citado tantas veces, tendía a demostrar que Suecia era verdaderamente la Atlántida, y Upsal, la ciudad de Poseidón; además, cuanto pueblo pueda imaginarse, como "los sytos, bárbaros, ases, gigantes, godos, troyanos, amazonas, libios, moros, galos, sajones, germanos, y los suecos de sus tiempos, habían salido de la Suecia atlantidiana".

Los argumentos del autor, basados en el relato de Solón, y en los viajes de la Odisea homérica, no nos parecen, después de todo, —contra la opinión de Bessmertny, que los encuentra típicos, en su sencilla inocencia, de los métodos geográficos de su época,— como inferiores a tantos otros más modernos, pero que difícilmente resistirían mejor el examen de la crítica.

Por ejemplo. Rudbeck calcula la distancia entre Suecia e Inglaterra, como en algo menos de dos grados, y comparando el tiempo que se tomaría para recorrerla en los buques

entonces en uso, con lo dicho por Plutarco, de que se requerían cinco días de navegación desde las islas británicas para alcanzar a la isla perdida, más el detalle de que la Atlántida debía de quedar bajo la Gran Osa, que nunca se pondría bajo el horizonte, y varios otros puntos característicos, encuentra como designada sin duda a Suecia, antigua "Atland": asegura pues que "Homero, Platón y Plutarco han hecho la descripción de nuestro "Atlan", que es la Suecia, tan exactamente como cualquier biógrafo antiguo o moderno ha jamás descrito punto existen o que existió sobre la tierra".

Un francés, que figuró prominentemente en el movimiento enciclopédico de su época, Jean Sylvain Bailly, se ocupó con apasionamiento de la Atlántida; recordemos de paso que, durante la revolución de 1789, fué electo alcalde de la ciudad de París, figurando poco después entre las víctimas del terror que perdieron su cabeza en la guillotina.

En dos de sus obras abordó el problema: en la **Historia de la Astronomía**, París, 1775-1787, y en las **Cartas sobre la Atlántida de Platón y la Historia antigua de Asia**, Londres y París, 1779, que tenemos a la vista.

Estas cartas fueron dirigidas al grande hombre de aquel tiempo, a Voltaire, verdadero patriarca cuyo apoyo tenía un peso irresistible; Bessmertny dice que, sin embargo, "Voltaire, a quien Bailly había dedicado sus cartas sobre la Atlántida, sin duda para conciliarse un hombre cuya autoridad era tan grande, no objetó nada a sus opiniones. Mas se aventuraría uno mucho concluyendo que Voltaire pensaba en esto como Bailly",

Mas pudiera uno sacar tal conclusión, si se fija en que en la Advertencia" preliminar del libro, el autor nos previene que las cartas de que se trata no habían sido comunicadas al célebre filósofo, porque acababa de fallecer; además, dice estar seguro de que Voltaire no habría podido ser convencido por ellas, pues ya estaba bien anclada en su mente la opinión de que en el origen de todas las ciencias estaban los brahmanes como creadores, y no es a la edad de ochenta y cinco años que se cambia de ideas.

Bailly, naturalmente, parte como base de lo relatado sobre la Atlántida por Platón, completando su testimonio por lo que seis siglos antes dijo Homero, y que se encuentra en todos los escritores de la antigüedad, Diódoro de Sicilia, Estrabón, Plinio. Solón, Eurípides, etc. El mismo sigue las teorías de Evhemere, de Tesalia, quien profesaba que bajo todas las antiguas fábulas, se podía encontrar una base histórica, opinión que trató de difundir en Francia el abate Banier, en su **Explicación Histórica de las Fábulas, donde se descubre su origen y su conformidad con la historia antigua,** París, 1715. Rechaza la posibilidad de que la Atlántida existiera tras de las columnas de Hércules, en las Canarias, o en América, por motivos semejantes a los del padre Acosta. En cambio, va siguiendo el camino por el que llegó a Europa la civilización: estudia a los persas, a los tártaros, a los manchúes; traspasa el muro dicho de Gog y Magog que se levantaba en el centro de Asia; y siempre va subiendo hacia el norte, escalando montañas, remontando la corriente de las aguas que dice siguieron en sentido inverso las civilizaciones al expansionarse.

Finalmente llega a las regiones árticas y cita la misma base que tomara Rudbeck, lo dicho por Plutarco sobre que "la Isla Ogigia está alejada hacia el poniente de verano, a distancia de cinco días de navegación".

Así, puesto que claramente señala en aquel hemisferio la dirección del norte, y que Plutarco agrega que quedaban junto a ella otras tres islas, concluye Bailly:

"Esas cuatro islas pueden ser Islandia, Groenlandia, Spitzberg y Nueva Zembla, u otras islas desconocidas, más adelante, hoy inaccesibles por los hielos. Los diez últimos grados hacia el polo jamás fueron explorados".

Sus preferencias van, sin embargo, al propio Spitzberg. Cuando su clima se enfrió, pues en la zona ártica reinaba un calor tropical, —según profesaba el naturalista Buffón— se vieron sus habitantes, los atlantes, obligados a emigrar hacia el sur, llevando con ellos una base de civilización común a los pueblos más variados de la tierra.

Bailly sintió sin duda que más de un lector quedaría

inconforme con su teoría, y escribe: "Es sin duda una extraña conclusión, la de esta habitación de los hombres en el Spitzberg, en Groenlandia y en la Nueva Zembla. Yo mismo me he sorprendido, como lo podéis estar, de esta singularidad; tuve dificultad en concebirla. En mis primeras cartas no os la proponía sino como conjetura; entonces no huía yo más allá del 49 grado de latitud. Si voy más adelante, es que los hechos me llevan: si soy menos tímido, es porque la verdad entrevista me da ánimos". No era por consiguiente una paradoja la que pretendía demostrar, sino lo que le parecía un hecho real, al que había llegado tras una serie de deducciones basadas en los hechos más variados que había ido reuniendo con paciencia y talento: mas si su convicción era sincera, no puede decirse que la haya trasmitido a muchos, y su Atlántida en el Spitzberg no puede considerarse sino como una curiosidad y una prueba más de la falta de límites que tiene la imaginación de los humanos. Cuántos "hombres de ciencia" han venido después de él, que han seguido, sin escrúpulo, transportando en sus lucubraciones, razas y culturas a través de continentes y de mares, sin que jamás les falten argumentos para apoyar sus teorías, que han llevado a la Atlántida a los cuatro puntos cardinales. Bailly, siquiera, empleaba el estilo elegante y fácil que caracterizó a los buenos escritores del siglo XVIII francés, y, su obra se lee aún con gusto e interés.

DIVERSAS UBICACIONES

Después de enumerar y esbozar tantas y tan variadas opiniones sobre la posición que ocupó en el mundo la Atlántida, parecería que hubiéramos agotado el discutido tema: no es así, ni mucho menos; solamente, para no alargarnos demasiado, nos limitaremos a mencionar, brevemente, algunas otras de las teorías que se han dado sobre el asunto en el curso de los tiempos.

En el siglo VI, el geógrafo bizantino Kosmas Indicopleutes, nacido en Alejandría, escribió una **Topografía Cristiana** en que describe a la tierra como plana, rodeada del océano, circunscrito a su vez por un continente desierto en donde se originó la humanidad; la Atlántida queda situada al este y era la patria en que vivieron las diez generaciones que antecedieron a Noé: y Platón habría utilizado para los diálogos en que trata del continente atlántico, determinada documentación israelita. Merejkowsky lo tacha de "griego ignorante", pero que con todo y eso estaba más cerca de la verdad que muchos otros mejor preparados.

Por largo tiempo estuvo en boga la idea de que Palestina y Atlántida eran idénticas; de ello estaban convencidos Serranus, que tradujo a Platón en 1578; Oliverio de Marsella; el sueco Johannes Eurenius, autor en 1754 de la **Atlántica Orientalis**, impugnador de Rudbeck, que se recordará pretendía ver en Suecia a la propia Atlántida; y F. C. Baer, autor del **Ensayo sobre los Atlánticos**, París 1762, traducido al alemán en 1777.

Este último autor, como los antes citados, pretendía

mostrar numerosas analogías entre hebreos y atlantes; lo cita Bessmertny, de quien tomamos algunos datos, diciendo que, como Serranus, creía que "todos los nombres propios citados por Platón en la descripción de la Atlántida, no son sino la traducción literal del sentido que esos nombres tenían en la lengua del país de que trataba". Recuerda, lo que ya hemos dicho, que estaban traducidos dos veces, primero del atlante al egipcio, en seguida de esta lengua al griego, pues Solón así los necesitaba para poder hacerlos figurar en sus poesías. "Tomando por concedido", añade, "que los nombres propios en el relato de Solón y Platón no son sino traducciones, Baer tenía que buscar un pueblo cuya historia fuese igual a lo dicho por Platón y cuyos héroes tuviesen nombres conformes a los traducidos dos veces y citados por Platón. Baer argumenta por ejemplo de este modo: Atlas—atleta, guerrero—Israel, porque Israel es, según Moisés I, 31, 28, el que ha combatido con el Señor. En Francia, Daniel Huet y Samuel Bochart desarrollan los mismos puntos de vista, así como Johann Heinrich Voss en su **Antisymbolitz**".

A este propósito, viene bien mencionar aquí la opinión del conocido escritor especializado en cuestiones de lenguaje, Gutierre Tibón, ya citado, sobre esta clase de similitudes, que han servido tanto para tratar de acercar a pueblos perfectamente disímbolos; en una carta que se sirvió escribirnos recientemente, nos decía en relación con la palabra "ATLAS" y sus derivados:

"Es mi intención incluirla en una serie de estudios de analogías lingüísticas europeo-americanas, estudio en el cual quiero demostrar que esas semejanzas son puramente coincidentales. Así ni el "theos" griego tiene relación alguna con el "teotl" azteca, ni el "atlan" griego tiene algo que ver con el "aztlán" nahuatle, la raíz del primero es "tol", llevar, soportar, ya que el gigante Atlas sostenía el cielo sobre sus hombros; "aztlán" es, como usted sabe, "la tierra de las garzas".

"¡Cuántas brillantes y estériles especulaciones se han hecho sobre esta aparente analogía!"

Si me acuerdo bien, el señor Arrigo Coen Anitúa pu-

blicó un estudio más extenso sobre la raiz "tol" en sus **Vocablos y Voquibies**, que aparecieron en **Novedades** y que pronto se publicarán en forma de libro".

Volviendo para atrás, añadiremos que en 1685, en una tesis de Wittenberg, declaró haber localizado a la Atlátida en el sur de Africa, el germano Johann Christian Bock.

Más adelante, en 1779, Delile de Sales, disintiendo de su contemporáneo Bailly, que sabemos situaba a esta tierra en el hemisferio norte, se empeñaba en que fuera el Cáucaso la verdadera patria de los atlantes: empleaba argumentos geológicos para mostrar que la Atlántida habia estado en un mar que cubrió a Grecia y parte de Italia, y era idéntica a Ogigia, la isla de Calipso; y mencionaba a otro autor que en cambio situaba a dicha Atlántida en Ceilán.

Puede citarse aún a Bartoli, para quien los atlantes de Platón eran los persas, y sus guerras, la versión mítica de las guerras médicas de persas contra atenienses, que tuvieron por campo el Atico. Latreille, en 1889, buscaba igualmente a la Atlántida en el mismo Atico; Butavan, francés, y E. S. Balch, norteamericano, la colocaban en el Mediterráneo: este último realizaba excavaciones en Creta, en 1921, y esa isla le parecía reunir cuantas condiciones se requieren: llegó a ser poderosa, siendo, por el año de 1200 antes de J. C., destruído el imperio de Minos allí establecido, por los atenienses y sus aliados egipcios; el fin de la Atlántida sería tan sólo alegórico en los diálogos de Platón, significando la desaparición absoluta del imperio de Creta como centro cultural y comercial, mas no como territorio.

Veíamos que varios investigadores han buscado el parecido de los israelitas con los atlantes de Platón; otros muchos han querido demostrar de tiempo atrás la venida a América de las diez tribus perdidas, sobresaliendo en la empresa la obra admirable como trabajo tipográfico, editada por los años de 1830, por el anticuario Lord Kingsborough, en la que se reproducen códices y monumentos americanos, para poner en evidencia su supuesto parecido con los hebreos. Después de la muerte, en la pobreza más extrema de este mecenas, arruinado en la costosa empresa editorial, parecería que ya en nuestros tiempos nadie insistiría en resu-

citar esas teorías; sin embargo en la **Sombra del Atlantis,** o como se le ha traducido, **El enigma de la Atlántida,** del coronel A. Braghine, se trata nuevamente el asunto, como parte de las teorías del autor.

Para él, los semitas son una de las olas de emigrantes que partieron de la Atlántida, o de América, —que considera en todo caso como parte del imperio atlante—, para extenderse por los países del oriente: es decir, exactamente en sentido contrario a lo que pretendía el noble inglés antes nombrado, así como sus predecesores en el mismo sistema, como el P. Durán, Fray Bartolomé de las Casas, el rabino Mannassés Ben Israel, y otros más. Como olas sucesivas de esa invasión, nombra a las de las akkadianos y pre-sumerios, los fenicios, los judíos y los árabes, más algunas tribus semíticas menos importantes establecidas en la tierra de Canaán, y los países situados entre Palestina, Arabia y Mesopotamia.

Mas debemos decir que el Coronel Braghine constituye una excepción: en la actualidad, los antropólogos desechan unánimemente la búsqueda de las diez tribus de Israel y su identificación con los pueblos adelantados centroamericanos; el infatigable viajero y explorador de las regiones más apartadas de México, Franz Blom, hacía mofa en fecha muy cercana de la manía del desdichado Lord Kingsborough: su obra, aun si el motivo que la produjo, carece de solidez, hará, sin embargo, perdurable su nombre para los americanistas.

Podrían aún agregarse algunas otras ubicaciones para la Atlántida, ideadas por varios escritores más: pero con lo anterior basta para quizás dar razón a lo dicho por Susemihl, erudito helenista y traductor de Platón de mediados del pasado siglo, de que "un catálogo de las opiniones formuladas sobre la Atlántida, sería una contribución bastante buena para el conocimiento de la locura humana". Quizás, sin embargo, agregaríamos nosotros muchas teorías de etnólogos, filólogos, antropólogos y demás, a juicio por desgracia tan a menudo justificado.

La Derivacion de los Continentes

Existe una teoría,fundada por el sabio alemán Alfredo Wegener, sobre la formación de los continentes actuales, que a pesar de no haber logrado la unánime aprobación de los geólogos, necesitamos exponer brevemente, por tener relación directa con el problema que nos ocupa.

Las opiniones relativas a la constitución del globo terrestre son muy diversas: hay quienes opinen, como se creía en épocas remotas, que es hueco e incandescente, calculándosele una temperatura de cinco mil grados en su centro; otros lo consideran completamente compacto, compuesto de rocas y metales; otros más, entre ellos eminentes hombres de ciencia como los doctores Archibald Henderson y J. Leslie Mitchell, creen que es una esfera hueca, en cuyo interior reina la temperatura del espacio, y que esta esfera se mantiene en cohesión, no por una presión que llegaría a alcanzar en su interior, si fuere maciza, 47.000,000 de libras por pulgada cuadrada, sino por efecto de una presión mutua, que se efectúa lo mismo del exterior hacia el interior, como de éste hacia fuera; en fin, no faltan quienes lo conciban con su parte central liquida, rodeada por la corteza dura sobre la que vivimos.

El solo hecho de que se puedan defender tan diversas tesis, muestra lo incierto de los conocimientos que se tienen sobre el propio mundo que pisamos; y es que las minas más profundas, como la de Morro Palha en el Brasil, apenas se puede decir que han logrado un insignificante avance hacia su centro, notándose, por cierto, escaso aumento en la presión según se gana en profundidad.

Es principalmente valiéndose del estudio de las ondas

sísmicas, de su velocidad de propagación al pasar por distintos medios y su dirección, que se ha logrado ir averiguando algo del interior real del planeta: como las ondas de que se trata no llegan al otro lado de la Tierra, se juzga que esto viene a confirmar la opinión de los muchos que abogan que el núcleo central es líquido e impide por lo tanto la propagación de las ondas. Otros resultados de importancia se han obtenido por medio de observaciones realizadas en una cámara profunda subterránea de la Universidad de Roma, en la que se registró la existencia de mareas de Tierra y Luna, por medio de un gran péndulo horizontal con contrapeso de doce toneladas de ladrillos.

Hay otra explicación, además de las anteriores, admitida preferentemente por la ciencia clásica, que considera que tiene la Tierra tres capas sucesivas: un núcleo central metálico, compuesto principalmente de hierro, de cosa de cinco mil kilómetros de radio; después viene una masa casi flúida de sílice y magnesio en fusión, de unos seiscientos kilómetros de grueso, y, en fin, el casquete mismo de la Tierra, de espesor variable.

La diversa profundidad a que llega este casquete, sostenido por la masa flúida inferior, es de la que se vale Wegener para formular su teoría; es también esa formación flotante que ha permitido enunciar la ley de isostasia, es decir, que cuando una zona se hunde por exceso de peso o por cualquier otro motivo, una parte correspondiente debe surgir en otro lugar, para conservar el equilibrio de esta masa sostenida por el mismo flúido: es así como muchos autores quieren hacer coincidir cronológicamente la desaparición de la Atlántida oceánica bajo las aguas, como un levantamiento del suelo del Sahara que eliminó al mar allí existente, que se menciona en varias ocasiones en estas páginas, basándose en esta ley.

Debe decirse que la realidad de muchos hundimientos ha sido comprobada: bajo el peso considerable de las masas de hielo acumuladas por las glaciaciones, que llegaban a tener cinco kilómetros de altura en algunos lugares, la tierra se hundía y, al desaparecer este hielo, volvía a emerger, lo que se ve, por ejemplo, por los rastros que ha dejado el

nivel del mar en ciertos acantilados, en donde marcó de manera visible aquel a que llegaba cuando estaban hundidos, y que al haber subido, queda bien por encima del actual; en cambio, hay playas antiguas hoy bajo las aguas, como en el estrecho de Behring, en donde hasta fecha relativamente reciente existió un paso terrestre entre Siberia y Alaska, y hoy se extiende el mar. A este efecto de hundimiento por la masa de hielo soportada, se sumaba al mismo tiempo en las orillas de los mares, el descenso del nivel del agua transformada en materia sólida, que se calcula hizo bajar a éste, en las épocas de máxima glaciación, en unos ochenta metros.

Estos hechos parecen, por consiguiente, confirmar que el casquete superior del globo terráqueo queda colocado sobre una materia más flúida sobre la que estaría como flotando, ya que se puede sumir y emerger de ella; con esto basta, a nuestro entender, aunque el núcleo central sea de la misma materia, o líquido, o hueco, para hacer posible la traslación de los continentes que propone Wegener.

El geólogo citado cree que todos los actuales continentes primitivamente estuvieron constituídos por un solo bloque macizo de tierra, rodeado por el mar; en el curso de los tiempos se formaron profundas grietas que lo dividieron en varias fracciones, las que fueron arrastradas de su sitio original para venir a ocupar los lugares en donde hoy están sobre la superficie del globo terrestre; esa derivación, claro está, sería tan sólo imaginable si se admite que el conjunto estaba flotando sobre el estrato inferior.

Se ha hecho notar también la forma de alargamiento hacia el sur que presentan generalmente todos los continentes, y que sería debido al efecto del movimiento de rotación de la tierra, facilitado, es evidente, de existir el flotamiento que se les atribuye; la semejanza de las floras y faunas de las diversas regiones del globo, explicadas de otra manera por la existencia de islas o continentes que sirvieron en el remoto pasado para el paso y propagación de las especies, resultarían inútiles al aceptarse la teoría de Wegener siempre y cuando estas especies sean anteriores a la época de segregación del primitivo conjunto continental.

Mas lo que realmente constituye el principal argumento a favor de este sistema, es el que resulta al efectuar en sentido contrario, claro que sobre el papel, la derivación de los continentes: es decir, colocarlos nuevamente como se supone que estuvieron, tocándose unos a otros: pues así ve uno que, efectivamente, se ajustan bastante bien entre sí. Ya el Barón Alejandro de Humboldt, en su **Cosmos**, había notado la correspondencia entre las siluetas de los continentes unos frente a otros especialmente si se consideran las costas de Africa y de América del Sur, mas no llegó a la atrevida y lógica conclusión que de ello saca Wegener.

¿Es este ajuste de los contornos continentales suficiente para justificar la teoría de Wegener? Sin pretender resolver aquel o los demás problemas que provocaría el estudio de la derivación propuesta por ese sabio, cabe preguntarnos, limitándonos al de la Atlántida, hasta qué punto se ve afectado por ella.

Generalmente se considera que hay que escoger entre una u otra hipótesis: o Atlántida, o teoría de Wegener: no nos parece que tal alternativa deba de ser ineludible; suponiendo que ésta última fuera correcta, llega un momento en que, según enseña, la tierra presentó, una vez trasladados los continentes a las diversas porciones terrestres que ocupan, un aspecto semejante al actual; por isostasia se estableció un equilibrio entre las masas aparentes y las sumidas en la materia flúida inferior, quedando por debajo de los océanos un espesor suficiente de la corteza. Mas bien sabemos que este equilibrio no siempre fué estable: ha habido cataclismos que levantaron tierras y destruyeron otras, hundimientos y emergencias; así es que, en la era terciaria, pudo muy bien haberse formado, con compensación isostática como la que mencionábamos a propósito del Mar del Sahara, una tierra, bien fuera isla o continente, atlántica.

También podría aducirse lo siguiente, tomando siempre por comprobada la teoría de Wegener: aun en el pequeño esquema que acompañamos, puede notarse que si se tratara de completar, en cuanto sea posible, la soldadura de los límites de los continentes entre sí, no se logra sino un resultado aproximativo, quedando, especialmente en lo que es el

Mar de los Sargazos, espacios huecos que, mal que bien, hay autores que tratan de rellenar con fragmentos de América Central: puede, pues, decirse que al conjunto macizo que se quiere haya existido, le faltan determinadas porciones, que bien pudieran corresponder a fragmentos colocados entre los continentes —como se dice lo estuvo la Atlántida— y posteriormente hundidos en las aguas.

La teoría de Wegener, aun inconfirmada, pero evidentemente de fecundas posibilidades, y que ha vuelto a despertar el interés de los centros científicos, no resulta, entonces, decisiva, ni en un sentido ni en otro, para el caso que nos ocupa.



Esquema de la unión de los continentes según Wegener.



Punta de lanza de Folsom, Nuevo México.

CONCLUSIONES

Hemos podido darnos cuenta de la diversidad de aspectos que presenta el estudio de la Atlántida: una revista, por esquemática que haya sido, de algunas soluciones propuestas a través del tiempo a los problemas que provoca, desde que Platón escribió sus diálogos, muestra cómo cada época ha reaccionado en este respecto según el ambiente filosófico y científico reinante.

Ahora convendría que nosotros mismos hagamos un resumen de la impresión producida y formulemos la conclusión a que hayamos podido llegar, no con la pretensión dogmática de imponer nuestras propias ideas, sino como una manera de aclarar ciertos conceptos, siempre con el convencimiento de que en materias tan inciertas, lo que hoy parece indiscutible, mañana puede haber sido mostrado como vacío y sin valor alguno.

Creemos que se habrá confirmado lo dicho en un principio, de la importancia para la cuestión de los dos diálogos de Platón en que por primera vez se nombra a la Atlántida: bastará con recordar cómo cada sucesivo investigador lo cita casi incesantemente, para convencerse de ello; por eso resulta necesario que decidamos de una vez la fe que en su veracidad debamos de poner; quizás nos pueda ayudar la comparación de unas cuantas actitudes características:

Merejkovsky, el gran filósofo y místico ruso, en su **Atlántida-Europa**, toma por un mito lo relatado por Platón, pero un mito que encierra más parte de verdad que las realidades sin relieve que puede enunciar el filósofo griego tal como son, por no merecer el brillante ropaje mítico, sólo acordado por él a los hechos más profundos y trascendentales. Va desarrollando en su obra una serie de paralelos brillantes entre las dos humanidades que ha habido: la

primera, que tuvo su fin con la catástrofe de la Atlántida, en justo castigo del cielo por sus culpas, puede ser inspirada por los ángeles malos, y precipitada por la guerra injusta que desataban contra el resto del mundo; y la actual, para quien son de aplicación inmediata y necesaria las experiencias de su antecesora, pues llevamos el mismo camino para llegar, salvo enmienda, a idéntico y trágico final. Las descripciones del autor son apocalípticas, sabe mirar con grandiosidad inigualada los sucesivos destinos de la humanidad: mas nos limitaremos a espigar únicamente lo que tiene directa relación con el punto que nos ocupa.

Creemos desde luego que estaba erróneo al afirmar, categóricamente, que nadie, desde hace dos mil años que escribiera Platón, se había preocupado por saber qué es lo que pensaba él mismo de la veracidad de su narración atlántida: y tanto es así, que veremos inmediatamente cuál era la opinión del P. José Acosta en el siglo XVI, pudiéndose multiplicar este ejemplo con toda facilidad.

Dice Merejkowsky que "Rafael en su fresco del Vaticano donde representa la "Escuela de Atenas", ha puesto en las manos de Platón el "Timeo": la Atlántida, como para indicar que allí se encuentra la más profunda sabiduría"... El vínculo que une el antiguo y el nuevo mundo en todos los dominios del conocimiento exacto —geología, geografía, biología, etnología, historia,— permanece inexplicable si no se admite que entre los dos continentes de los dos hemisferios, Europa, Africa, Asia de un lado y América de otro— ha existido en tiempos remotos un eslabón secundario, una gran isla que contiene a una serie de islas, una especie de puente lanzado por encima del Atlántico".

A pesar de sus reservas, en todo el curso de la obra que citamos, el genial autor ruso sí da por verídicas las afirmaciones de Platón, aunque deje entrever siempre la presencia, como subconsciente, del mito en el cual el filósofo esconde sus más precisas afirmaciones. Inútil decir que numerosos son los autores que no hacen ni siquiera esa reserva: para ellos, lo importante es encontrar una isla que responda en todo a la de Poseidón, es decir, conceden implícita confianza a cuanto se refiere en el Timeo y el Critias.

En contraste, son incontables todos aquellos que han considerado tal historia como una fábula, inventada por Platón para dar vida a su hipotética ciudad ideal; el primero que la trató así, con ironía demoledora, fué Aristóteles, quien dice burlonamente de la Atlántida: "El que la ha creado, la ha destruído".

Ya más adelante y descubierto el continente americano, el historiador Padre Acosta, citado anteriormente como un precursor de la idea de la venida de los primeros habitantes de ese continente por el extremo norte tan cerca al asiático, se hacía eco de aquella incredulidad, diciendo: "Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por más que le llamen divino, y aun se me hace muy difícil de creer que pudo contar todo aquel cuento de la Isla Atlántida, por verdadera historia, y pudo ser con todo esto muy fina fábula, mayormente que refiere haber aprendido aquella relación de Cricia, que cuando muchacho, entre otros cantares y romances, cantaba aquel de la Atlántida. Sea como quisiera haya escrito Platón por historia, o haya escrito por alegoría, lo que para mí es llano, es que todo cuanto trata de aquella isla, comenzando en el diálogo Timeo, y prosiguiendo en el diálogo Cricia, no se puede contar en veras, si no es a muchachos y a viejas".

Hoy continúa la misma incredulidad en muchos escritores; por ejemplo, Lewis Campbell, en su **Clasificación de los Diálogos de Platón,** expresa que "es importante observar, sin embargo, que no solamente el lienzo, sino el conjunto inconcluso del cual forma la introducción, es claramente una creación de la fantasía. La leyenda de la Atenas prehistórica y de la Atlántida, de la cual Critias había de relatar lo que se relacionaba con la política interna y Hermócrates, la dirección de la guerra, no sería sino un poema en prosa, "una mentira mitológica" concebida en el espíritu de la **República** y en la forma de una narración ficticia. Y por consiguiente, cuando Timeo dice expresamente que hará un relato probable de sombras de la verdad, hay que entenderlo al pie de la letra, y no criticarlo, apegándose demasiado al espíritu".

Vivante e Imbelloni, en su **Libro de las Atlántidas,** hacen

también un demoledor y erudito examen de cuanto se ha especulado alrededor de la Atlántida, y concluyen considerándola como mítica, una especie de novela con tema de aspecto real que escribiera Platón; no niegan la existencia de tierras o puentes, pero en épocas tan remotas que antecedieron demasiado al hombre para ser de utilidad en este caso; mas ha sido un mito fecundo: después del descubrimiento de América, se ha tratado de buscar la unidad de la humanidad, y si no hubiera existido el mito atlantidiano para responder a este anhelo, se habría inventado otro desde luego; hoy es fecundo por las investigaciones etnológicas y lingüísticas del tipo de las de Frobenius y Karst que ha provocado.

A pesar de su espíritu atlantófobo, los mismos autores consideran exagerado el deseo manifestado en el Congreso Internacional de Nancy de 1875, por el que los americanistas pedían que "no se volviera jamás a hablar de procedencias egipcias y asirias ni de colonizaciones de los fugitivos de la Atlántida"; también condenan con justa razón las frases hirientes de A. E. Taylor, quien decía que "las hipótesis fantásticas a propósito de la Atlántida, desde largo tiempo han desaparecido de los escritos serios de historiadores y etnólogos, y sólo ejercen todavía, según parece, una curiosa atracción sobre las personas imperfectamente educadas ("imperfectly educated"): pues ellos mismos presentan una lista de sabios y eruditos ilustres, que se han dedicado a estudiar este problema, y junto a cuyos nombres el del muy honorable señor Taylor resulta muy obscuro.

Más concisamente, y con acerbidad comparable a la de Aristóteles, escribió últimamente el Profesor Martínez del Río, resumiendo así la opinión de cuantos se oponen al mito atlántico: "La romántica Atlántica ha sido al fin sepultada pacíficamente en el fondo del océano (lugar que debía haberle correspondido desde el principio)".

No puede concebirse más abierta oposición que la que antecede, respecto de las intenciones prestadas a Platón al escribir el Timeo y el Critias: es por lo que creímos indispensable dar aquí los puntos esenciales de esos diálogos, de zas lingüísticas y de otro orden, que tienden a mostrar la

unidad de origen de muchas razas diversas, a las que se tal manera que cada quien pueda formarse un juicio propio. En lo personal, nos parece que su lectura, hecha sin prejuicios; y, sobre todo, si se completa con la de la **República** del mismo filósofo en que muestra su preocupación por la manera de organizar la sociedad según sus ideas, lo hace a uno considerar a este imperio atlante como claramente mítico: lo que no impide creer que escogió para sitio de su imaginaria creación, una isla cuya existencia había oído verdaderamente mencionar a Solón por los sacerdotes egipcios; o, aun si eso es negado, que por intuición sublime, producto del genio, situó esa Atlántida que inventaba, en donde verdaderamente sabemos que sí hubo tierras después desaparecidas.

Siendo esto así para nosotros, —y repetimos que comprendemos perfectamente que se pueda opinar de distinta manera,— resulta una consecuencia inmediata: todas las suposiciones basadas en los detalles de los diálogos citados, en cuanto a la geografía de la Atlántida, sus productos, sus habitantes y otros más, carecen por consiguiente de base firme: nos lo viene a confirmar el hecho de que, tomando tantos autores como punto de partida la misma descripción, hallan llegado unos a colocar a la Atlántida en Africa, quien más en el extremo norte europeo, o en tantos lugares distintos como los que hemos ido reseñando.

Apoya nuestra opinión relativa a lo mítico de la sociedad atlante tal como la describe Platón, la duda de que haya habido allí o en otra parte, un foco de civilización prehistórica en época tan remota como aquella en que necesitaría haber estado ya en pleno desarrollo, antes de que desapareciera la Atlántida: pues vimos lo que enseña la geología sobre la época de la formación del océano Atlántico, y aunque creamos que existe la posibilidad de que algún fragmento de las tierras allí situadas, además del puente entre las Canarias y Mauritania, se haya hundido hasta época más reciente, no pasa esto de ser aún una hipótesis sin suficientes pruebas materiales para corroborarla.

Por otra parte, las deducciones hechas de las semejanhace salir de la sumergida Atlántida para encontrarles un

centro común, han provocado estudios de interés como los de Wirth, del Coronel A. Braghine, de Karst y otros más, pero aunque fueran en todas sus partes correctos, —lo que en el estado actual de nuestros conocimientos sería algo arriesgado afirmar,— no creemos que bastarían para confirmar la existencia de una cultura atlante: pues valiéndose de la comunicación terrestre que antaño unía a Kamchatka con Alaska, y otros caminos que pudieron seguir las corrientes humanas, se pueden dar distintas explicaciones que no hacen imprescindible, como consecuencia de la identidad de origen de determinados pueblos antiguos, a la propia Atlántida.

Nuestra conclusión final será seguramente considerada por algunos de los partidarios decididos de la existencia de la Atlántida como centro de origen de las culturas antiguas, como demasiado precavida; en cambio, no faltará quien la juzgue como aventurada, aunque les recordaríamos la shakespiriana advertencia de que hay más cosas en el mundo de lo que imagina nuestra filosofía: es, en cualquier caso, de buena fe y resultado de concienzudo estudio.

Puede enunciarse en dos puntos:

1.—Llamando "Atlántida" a una isla o continente que se extendiera en lo que hoy es el lecho del océano Atlántico, nos parece indudable su existencia, durante la era terciaria; una parte, por lo menos, que unía a las islas Canarias con el continente africano, emergía aún a principios de la cuaternaria, que se inició hace 125,000 años, y es posible que otras fracciones hayan también llegado hasta esa misma época.

2.—Por lo tanto, y dado que está hoy establecida la aparición de la vida humana hará unos 300,000 años, el hombre pudo haberla visto y habitado.

Si se considera que con estas respuestas, no hemos resuelto el problema de la Atlántida, permítasenos decir que, por lo menos, creemos haber mostrado a quienes hacen mofa de él, que sigue existiendo y atraerá siempre el interés de sabios y de profanos.

BIBLIOGRAFIA

Las obras que tratan de la Atlántida, desde que Platón iniciara la serie con sus diálogos de Timeo y de Critias, han ido multiplicándose cada vez más: hace algunos años, los señores Gattefossé y Roux daban ya una lista de 1,700 títulos; en 1937, el Coronel Braghine contaba 25,000, y desde entonces no ha cesado de aumentar esta asombrosa floración, sólo explicable por el interés siempre creciente del público ante el enigma apasionante.

Será suficiente, creemos, indicar las principales obras que hemos consultado, dedicadas especialmente a la Atlántida, con unas cuantas que tratan de cuestiones anexas, y a las que referiremos aquellos que quieran encontrar mayores datos sobre cualquier punto especial.

Platón.—**Diálogos.** Varias ediciones.

Francisco López de Gómara.—**Historia General de las Indias, Zaragoza,** 1552-53.

P. José de Acosta.—**Historia Natural y Moral de las Indias,** Sevilla 1590, y su reedición de Madrid, 1890.

P. Anastasio Kirscher.—**Mundus Subterraneus,** Amsterdam, 1678.

P. Francisco Javier Alexo de Orrio.—**Solución al gran problema acerca de la población de las Américas,** México, 1763.

Tomás Moro.—**Utopía, La Nueva Atlantis,** varias ediciones.

Fray Jerónimo Feijoo.—**Teatro Crítico Universal.** (Su discurso sobre el poblamiento de América figura en el No. 49 de la Biblioteca Enciclopédica Popular de la S.E.P.)

Jean Sylvain Bailly.—**Lettres sur l'Atlantide et sur l'Histoire Ancienne de l'Asie,** París y Londres, 1779.

Fréderic-Charles Baer.—**Essai Historique et Critique sur l'Atlantide des Anciens,** Avignon, 1835.

W. Scott Elliot.—**Historia de los Atlantes**, Barcelona, 1911.
Profesor Pablo Martínez del Río.—**Los Orígenes Americanos**, México, 1943, y primera edición de 1936.
Profesor Paul Rivet.—**Orígenes del Hombre Americano, México**, 1943.
Gutierre Tibón.—**México, 1950, un país de futuro.**
Dimitry Merejkowsky.—**Atlántida-Europa, Atlántida-América**, Buenos Aires, 1944.
Coronel A. Braghine.—**El Enigma de la Atlántida**, Buenos Aires, 1944.
Daniel Duvilié.—**L'Aethiopia Orientale ou Atlantie**, París, 1936.
Alexandre Bessmertny.—**L'Atlantide, París**, 1935.
A. de Lapparent.—**Traité de Géologie**, París, 1900.
L. de Launnay.—**La Historia de la Tierra**, México, 1907.
José Ortega y Gasset.—**Las Atlántidas**, Buenos Aires, 1943.
Roger Dévigne.—**L'Atlantide, sixiéme partie du Monde**, París, 1924
Julio Verne.—**20,000 leguas bajo el mar**, Varias ediciones.
Pierre Benoit.—**L'Atlantide**, París, 1919.
Jacinto Verdaguer.—**La Atlántida**, Barcelona, 1905.
Darío Vellozo.—**Atlántida**, Coritiba, Paraná, 1938.
Pedro Bosch Gimpera.—**El Hombre Primitivo y su Cultura.** México, 1945. (No. 48 de la Biblioteca Enciclopédica Popular de la S. E. P.)
Armando Vivante y J. Imbelloni.—**El Libro de las Atlántidas**, Buenos Aires, S. A.



INDICE:

Págs.

ESTE LIBRO, QUE CORRESPONDE AL TOMO 114o. DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPEDICA POPULAR DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA, TERMINO DE EDITARSE EL DIA 5 DE JULIO DE 1946.

BIBLIOTECA ENCICLOPEDICA POPULAR

Ultimos Volúmenes publicados

.—GABRIELA MISTRAL EN MEXICO. Biografía y antología por Guillermo Lagos Carmona.

.—AZORIN. PROSAS SELECTAS. Selección y prólogo de Agustín Basave

.—LEONARDO DA VINCI, EL HOMBRE UNIVERSAL. Ensayo biográfico y selección de Jesús Zamarripa Gaitán.

.—ANGULOS DE MEXICO. Selección, prólogo y notas de José Mancisidor.

1.—ROOSEVELT, EL DEMOCRATA. Ensayo biográfico por Félix F. Palavicini.

92.—TACITO. LA GERMANIA. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.

93.—EL LIBRO DE MIS RECUERDOS. De Antonio García Cubas.—Prólogo y adaptación de Manuel Carrera Stampa.

94.—CUENTOS AMERICANOS. Introducción, selección y notas de María del Carmen Millán.

95.—REGLAS PARA LA DIRECCION DEL ESPIRITU. De Descartes.—Prólogo y selección de Juan David García Bacca.

96.—JOVELLANOS. Selección y prólogo de José Loredo Aparicio.

97.—LUS G. URBINA. Prosas.—Páginas Preliminares de Carlos González Peña.

98.—TEATRO MEXICANO. Selección y arreglo escénico de Fernando Wagner.

99.—LAS RAZAS HUMANAS. Por Juan Comas.

100.—CONFESIONES DE UN PIANISTA Y OTROS CUENTOS ROMANTICOS. Por Justo Sierra.

101.—PUEBLA. Síntesis Histórico-Geográfica del Estado.—Por Germán List Arzubide.

102.—PROMETEO ENCADENADO. Esquilo.—Prólogo, Selección y Notas de Juan David García Bacca

103.—LOPE DE RUEDA. PASOS.—Selección y Prólogo de Salvador Novo y Mercedes López Antuñano.

104.—POETAS INGLESES. Selección y notas de George Godoy.